



Universidad de Chile

Facultad de Filosofía y Humanidades

Escuela de Pregrado

Lectura de la genealogía en Michel Foucault: análisis de las relaciones de poder en el trabajo foucaulteano entre los años 1976-1978

Tesis para optar al grado de Licenciado en Filosofía

Estudiante: Gonzalo Martínez Hernández

Profesor guía: Carlos Ossandón Buljevic

Santiago, Chile

2018.

Índice

Agradecimientos.....	4
Introducción. De la genealogía en la historia. Las relaciones de poder y la grilla de inteligibilidad.....	5
Primer capítulo. La biopolítica en el modelo bélico. El ‘hacer vivir, dejar morir’ como principio de gobierno.....	20
1.1 El análisis del poder [de los poderes] en Foucault; el poder positivo.....	25
1.2 La biopolítica y el fin del paradigma soberano: la vida entra a la economía de la política.....	33
Segundo capítulo. El biopoder y las racionalidades políticas: nuevos enfoques en el trabajo genealógico de Foucault.....	44
Tercer capítulo. La razón de Estado: nueva grilla de inteligibilidad en la historia de las relaciones de poder.....	57
3.1 De la razón de Estado.....	60
3.2 Del dispositivo diplomático-militar.....	65
3.3 Del dispositivo policial.....	69
Consideraciones finales.....	76

Bibliografia.....81

Agradecimientos.

El presente trabajo no puede ser considerado un esfuerzo 'personal'. Es cierto que, en rigor, he sido *yo*, como individuo, quien ha escrito las siguientes páginas. He sido *yo* quien ha interpretado el trabajo de Michel Foucault, en un esfuerzo por analizar y exponer las relaciones de poder que el autor francés ha plasmado en las obras citadas. Por ello el trabajo es 'personal'. Sin embargo, como he afirmado, no lo es. El trabajo nace gracias a motivaciones que son, a mi parecer, siempre de carácter social. Las relaciones de poder no se plasman en *un* individuo, sino en una sociedad, en el *medio* en el que nos vemos interactuando siempre con otros individuos. Como tal, la motivación de escribir *este* trabajo y no otro, se debe a encuentros con personas que, en un espacio común, nos vemos atravesados por relaciones de poder/dominación que nos incitan, al menos, a la reflexión. Y es gracias a estas reflexiones que las siguientes páginas pudieron ser escritas.

Por ello, agradezco a todas las personas con las que me he encontrado reflexionando sobre nuestro presente y sobre este trabajo. Gracias a todas las personas que me han ayudado para encontrar bibliografía, que me han dado sus diferentes reflexiones sobre las relaciones de poder: sus definiciones, sus encuentros, dónde se hallan y cómo funcionan, quiénes han escrito sobre ellas, de qué manera han sido interpretadas y cómo podemos pensarlas para mantenerlas, transformarlas y hasta abolirlas.

Y gracias a mis compañeras y compañeros quienes en cada conversación me han guiado para escribir esta tesis.

Introducción

De la genealogía en la historia. Las relaciones de poder y la grilla de inteligibilidad.

Los estudios acerca de lo que podemos llamar 'el poder' se encuentran en distintos saberes y disciplinas que buscan darle espacio en el pensamiento político, social, cultural y económico, siendo éste -'el poder'- un concepto que otorga sentido al desarrollo que hasta nuestros días recorre nuestras sociedades occidentales. Desde la historia, por ejemplo, el desarrollo del poder permite encontrar en lo que ha sido para ciertas sociedades la conformación e institucionalización de sus organizaciones, el establecimiento de lo que es un reino; sus fronteras o su lugar en el cosmos. También 'el poder' permite estudiar el desarrollo del Estado como *la* figura política por excelencia. Lo que le compete hacer y no hacer al soberano, las tradiciones que hacen de tal territorio diferenciarse de los otros, la diferencia de éste con otras formas de organización social. En fin, un conjunto de relaciones que la historia se encarga de recoger en sus archivos para contar 'la verdad' de lo que fue, es, y será, la sociedad particular de la cual se trate. El poder, por lo tanto, como ese tipo de relación que sin duda permite afirmar que allí donde se dan estas relaciones se encuentra un grupo de seres humanos dotados de cierta organización, y tras esta organización, una serie de elementos que cada estudioso debe discriminar como válidos o no, pertinentes o innecesarios para ser immortalizados en los libros de las civilizaciones humanas. No es que exista una única concepción del poder: cada autor le ha dado su significado, sus matices, sus problemas para definirlo como un artificio del hombre o declararlo como algo fuera del alcance humano, algo divino; o bien para darle al ser humano una capacidad de creación en base a este poder, es decir, ya no un poder que emerge desde dios, sino desde el mismo seno del desarrollo humano y que lo hará enfrentarse con nuevas posibilidades de acción, establecidas a su vez por ciertas características que comparte la comunidad a la cual se pertenece.

El poder, en tanto concepto, es decir, en tanto puede ser estudiado y problematizado sin la necesidad de que tenga su correlato material inmediato, dependerá íntimamente

desde el prisma bajo el cual se estudie; el poder de dios sobre los seres humanos no puede ser comparado como el poder que tiene el hombre de cambiar la materia para su satisfacción, acumulación o producción: el poder del hombre, en este caso, carece del poder divino de la creación, y sólo se limita a la imitación, a obrar bajo la analogía divina de la creación. Así también, el poder –el *concepto de poder*- del hombre en la Edad Media no nace desde su razonar independiente, sino que, en tanto creatura, en tanto es *creado*, el hombre debe su poder a un ente superior al cual se le conceden todo tipo de cualidades que responden a la necesidad de comprender el mundo terrenal como un estadio intermedio, no final, el cual se abandona en un punto para pasar al mundo celestial o a uno no terrenal. De esta manera, todo lo que haga el hombre en la tierra se debe a un poder que le fue concebido primero por dios, su creador, cedido a su vez a su representante en la tierra; el rey, el soberano, o en último caso, el señor feudal.

Por el contrario, el poder que emerge en la modernidad desde los seres humanos que les permite organizarse de ciertas maneras, de legitimar, normalizar, jerarquizar, administrar y hasta regular sus relaciones entre ellos mismos, corresponde a un ‘poder’ que, al menos, desde las sociedades occidentales, permite explicar ciertos tipos de formaciones no tanto de saberes y disciplinas, sino también la formación de un sujeto que al hacerse de este poder, tiene la capacidad -desde la modernidad- de comprender todo un devenir histórico con respecto a su misma organización social, y dar con ello una justificación a relaciones que afirmen tanto su subjetividad, como la comunidad de sujetos organizadas ahora bajo la figura del Estado. Es por ello que desde el siglo XVI, asistimos a una serie de escritos de carácter ‘político-filosófico’ que buscarán dotar de fundamentos sólidos a la nueva figura política que surge en Europa; el Estado tal como lo comprendemos hasta nuestros tiempos.

El poder como elemento común de cualquier relación que se da entre los seres humanos. Tal sería un acercamiento que no considera al ‘poder’ desde sus bagajes históricos, desde su arranque material. Una descripción de lo que es ‘el poder’ –si acaso se puede hacer- que no dé cuenta con su contexto histórico, no puede ser sino un instrumento que busca normalizar ciertas formas de control que responden a tácticas políticas, y que tienen como fin la sujeción del individuo a movimientos que aseguren

un desarrollo económico mundial, o, mejor dicho, occidental. Es decir: impone de manera vertical ciertos tipos de relaciones que se *dan* de tal manera que no puede ser otra. Los seres humanos así dotados de cierta concepción de poder, hacen, construyen, transforman su propia historia desde un 'poder' que les fue asignado, otorgado, heredado como objeto a transformarse irremediamente en propiedad. Y esta concepción de poder se hace esencial en tanto que las nuevas concepciones de ser humano deben dar cabida a este poder-objeto, pues éstos no pueden relacionarse sino haciéndose de este concepto y 'repartiéndolo' por medio de sus acciones, palabras, pensamientos; lo hacen notar allí en las relaciones que se dan en su vida pública, en los colegios, hospitales, instituciones militares, en las comisarías, en sus hogares, en los trabajos. En otras palabras: el poder necesariamente se muestra en los tipos de relaciones que en una sociedad civilizada no pueden si no que darse, aparecer en espacios como, por ejemplo, la familia; el poder de los padres de vigilar a sus hijos, de guiarlos, castigarlos, de amarlos, al menos en el modelo familiar que 'el poder' no cesa de calificar como normal. Los padres entonces como una figura de autoridad a la cual, por pertenecer a una forma de organización natural, *normal*, todo medio de 'poder' que se les otorga pareciera estar justificado de antemano. El 'poder' en el colegio no solo entre quienes forman parte de la administración de éste (desde los dueños de la infraestructura, inspectores, jefes de departamentos, profesores, staff contratado o subcontratado, etc), sino desde los educadores a los alumnos: el poder de educarlos radica en construir sujetos dotados de ciertos conocimientos hábiles para el fortalecimiento del Estado, de la república. El poder, por lo tanto, se manifiesta en las instancias de vigilancia, de castigos, y no exclusivamente por parte de educadores, sino de toda una red de intercomunicación con expertos que asegurarían la correcta formación de las niñas y niños, de los jóvenes que se encuentren dentro del programa educacional. Me refiero a que el 'poder' de la educación ya no recae exclusivamente en la figura del educador, sino también en el médico que constantemente debe enviar cartas a los apoderados de los alumnos para informar de ciertas desviaciones, de conductas que no son aceptadas ni en el establecimiento educacional, ni en el ambiente familiar, ni en cualquier espacio público que dificultaría la vida del mismo sujeto al cual se busca

corregir. Otro tanto ocurre en otras instancias igual de decisivas para el sujeto en cuestión: en el trabajo, en hospitales, universidades.

Dicho de otra manera: las relaciones sociales en las que se ve inmerso el sujeto moderno no solamente están allí para dotarlo de buenas costumbres, de habilidades que le permitan un 'mejor desarrollo', una vida 'estable', sino que estas mismas relaciones constituirían la identidad misma del sujeto. ¿qué quiere decir esto? Que en este tipo de relaciones que mencionamos, tales como las que se dan en el colegio, en la familia, y así ocurren en otros tipos de relaciones, el sujeto se halla con una serie de reglas, normas, escritas y no escritas, gestos, movimientos, prohibiciones, permisiones, que le permiten entender la validez de sus acciones, lo correcto, las palabras adecuadas para referirse a cierta clase de personas: si éstas corresponden a autoridades o no, los gestos deben ser diferentes, los movimientos se dotan de cierta validez en el espacio público y privado. El *sujeto* que se encuentra en estas relaciones se "forma" de tal manera que comprende que no puede haber sino estas mismas relaciones en todo orden social, que ellas permiten su desarrollo como sujeto social, como individuo que pertenece a una comunidad definida desde hace ya algún tiempo, y que asegurarían que su vida se desarrolla de manera segura según aparatos, medios de control que en todo instante justificarían no solamente la vida del individuo, sino de todo el mundo civilizado.

Ahora bien, ¿qué es específicamente este 'poder' que en las sociedades occidentales ha permitido su organización, ha conjurado figuras inmutables de socialización como es el Estado, y que no permite sino pensar que todo corresponde al desarrollo natural de las civilizaciones? ¿acaso tal análisis de poder no nos llevaría a afirmar constantemente relaciones de dominación que formarían esencialmente parte de nuestra historia? ¿se puede siquiera afirmar que podemos encontrar la inteligibilidad de la historia por medio de estas relaciones de poder, y con ello, comprendernos en nuestro presente de manera tal que revelaríamos nuestra esencia como seres históricos dotados de cierta razón, razón que justifica cualquier forma de acción que sea posible realizar en pos de la civilización, de la paz, de la organización de la vida en comunidad?

El presente trabajo lejos de tener las respuestas de las preguntas formuladas anteriormente, se concibe como el intento de recoger las propuestas de análisis en las que estas relaciones de poder pueden ser estudiadas para un rastreo histórico de lo que ha sido nuestra formación como sujeto en sociedad, y de las sociedades occidentales mismas. Y pensar en analizar las relaciones de poder que se dan en una sociedad como *medio* de control para la formación de sujetos aptos para la civilización, es pensar en los estudios del poder que en la década del 70 realizó el autor francés Michel Foucault (1926-1984). En efecto, Foucault comienza a analizar las relaciones de poder tras una época en la que su trabajo consistía más bien en describir formaciones discursivas, en las que se encuentran las relaciones de formación de verdades que estarían actuando en la sociedad. Es lo que se conoce como la etapa arqueológica. Aquí, en textos como *Las palabras y las cosas*, y *La arqueología del saber*, Foucault se propone escribir la historia de las reglas que generan, que producen discursos y con ello, dar cuenta de los regímenes de verdad que actúan en las sociedades. De esta manera, como consecuencia de esta descripción de las reglas, Foucault no encuentra otra cosa que discontinuidades.

“Si uno se dispone a describir las trayectorias históricas de las ciencias en términos de reglas anónimas para la formación y producción de declaraciones, entonces lo que parecía continuo desde alguna otra perspectiva muy bien puede parecer radicalmente discontinuo desde esta perspectiva” (1988b, 245).

Por lo tanto, lo que muestran incluso las reglas de la formación interna de los discursos son discontinuidades, y la descripción de éstas no alcanzan a explicar por qué se producen, quién permite que entre las discontinuidades existan relaciones de poder en donde la verdad, y el poder de producir estas verdades por medio de discursos se mantenga fijo entre éstos.

“La arqueología no hace ninguna presunción acerca del predominio de la discontinuidad sobre la continuidad en la historia del conocimiento. Pero torna sumamente probable que lo que uno entendió que eran agrupamientos naturales en realidad resulten ser muy poco naturales desde este nuevo nivel de análisis” (1988b, 246).

Por lo tanto: el análisis del poder en Foucault no puede ser la mera descripción de lo que 'sucede' en el discurso, de los efectos que este produce a nivel local, a nivel de estructura. Ahora, el objeto de estudio deberá ser la *explicación* de los efectos de poder que se producen en el texto, o más bien, en el discurso. Si el discurso tiene unas reglas que le competen a sí mismo en tanto productor de verdad, ¿qué es lo que dicta al texto sus reglas externas? ¿qué ley o norma, qué condición produce y acompaña la aparición del texto, ya que esta aparición no depende tanto del texto en sí mismo como de un conjunto de relaciones de aceptabilidad previa e interna a la vez que permite la aparición de éste? ¿qué método, si es posible hallar uno, puede estudiar estas relaciones que hacen entrar al discurso y sus efectos, dentro de una red de relaciones existentes, que el discurso objetiva y refuerza a la vez?

Será en su texto *Nietzsche, la genealogía, la historia* (1971) en el que Foucault 'declara' una suerte de principios para estudiar la historia según una genealogía que fije su objetivo en las prácticas históricas que son de carácter bélico, y que éstas recorren toda la historia eliminado cualquier tipo de esencia metafísica que se le puede adscribir a ésta –a la historia-.

¿Cómo opera la genealogía? Nos dice Foucault al inicio de su texto:

“De aquí se deriva para la genealogía una tarea indispensable: percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona; encontrarlos allí donde menos se espera y en aquello que pasa desapercibido por no tener nada de historia-los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos-(...)” (1979, 7).

La genealogía, por lo tanto, no puede partir por las grandes, brillosas figuras de la historia y construir alrededor de éstas la historia de las relaciones de poder; ninguna historia puede edificarse comenzando desde esencias inmóviles.

“Porque en primer lugar –continúa argumentando Foucault- [la búsqueda del origen] se esfuerza por recoger allí la esencia exacta de la cosa, su más pura posibilidad, su identidad cuidadosamente replegada sobre sí misma, su forma móvil y anterior a todo aquello que es externo, accidental y sucesivo” (1979, 9).

Este método genealógico, inspirado en Nietzsche, deberá partir a buscar otro origen, distinto al origen metafísico que se esfuerza por encontrar lo puro de la cosa, sin accidentes, en su verdad. En la historia, nada puede ser más errado que este proceder, puesto que si partimos desde la esencia del objeto, por ejemplo, el Estado, todo lo que podemos afirmar es que a partir de éste, de su origen necesario en la historia, se puede explicar una serie de relaciones de dominación que *deben ser*, y deben ser en tanto responden a la misma necesidad del establecimiento del Estado y de todas sus formas prácticas de realización(me refiero al uso por ejemplo de la policía para el bienestar del Estado, la vida dentro del Estado como fortalecimiento del mismo, el sujeto que *debe* trabajar para el Estado, etc). Es decir, toda una serie de prácticas que tienen sentido pues responden a la necesidad histórica del surgimiento del Estado, y éste a su vez, tiene una esencia tal que, en sus diversas acepciones, no puede cuestionársela, y en materia de estudio, no puede ser estudiado de otra forma más que la realización de una razón que en su evolución ha llegado a dar con una organización que debe ser el Estado. Por el contrario, la genealogía no busca estas esencias en la historia.

“Es preciso saber reconocer los sucesos de la historia, sus sacudidas, sus sorpresas, las victorias afortunadas, las derrotas mal digeridas, que dan cuenta de los comienzos, de los atavismos y las herencias [...] La historia, con sus intensidades, sus debilidades, sus furores secretos, sus grandes agitaciones febriles y sus síncope, es el cuerpo mismo del devenir. Hay que ser metafísico para buscarle un alma en la lejana idealidad del origen” (1979, 11-12).

“Es el cuerpo mismo del devenir”. El devenir de la historia se relata por medio de las discontinuidades, de los quiebres, de las guerras, de los desplazamientos que la metafísica se esfuerza por borrar y colocar allí accidentes, temporalidades pasajeras en busca de la esencia. El estudio de la historia por la genealogía recurre a las intimidades, a las prácticas cotidianas, al detalle del accidente puesto que éstos son realidades históricas, que tienen sus causas y sus efectos, los cuales se inscriben en los cuerpos, en los espacios, en la materia.

“El cuerpo —y todo lo que se relaciona con el cuerpo, la alimentación, el clima, el sol— es el lugar de la *Herkunft* [la procedencia]: sobre el cuerpo, se encuentra el estigma de los sucesos pasados, de él nacen los deseos, los desfallecimientos y los errores; en él se

entrelazan y de pronto se expresan, pero también en él se desatan, entran en lucha, se borran unos a otros y continúan su inagotable conflicto” (1979, 14).

El análisis, el rastreo en la historia de los signos de las discontinuidades se encuentra en los mismos cuerpos. El estudio se vuelca entonces a la materia misma; hace entrar al cuerpo al devenir de la historia de las relaciones de poder. Más abajo, continúa Foucault describiendo la tarea de la genealogía: “La genealogía, como el análisis de la procedencia, se encuentra por tanto en la articulación del cuerpo y de la historia. Debe mostrar al cuerpo impregnado de historia, y a la historia como destructor del cuerpo” (1979, 15).

La procedencia y no el origen, sería el camino que la genealogía debe recorrer para evitar cualquier esencialismo histórico, cualquier figura del poder que se declare como esencia y, por lo tanto, como inevitable, eterna, natural. De esta manera, nos aproximamos cada vez más a lo que en Foucault suele denominarse como el método bélico, que hace entrar a las luchas, a las guerras al ‘trasfondo’ histórico que derribaría los mitos metafísicos de las esencias. “La genealogía, por su parte, restablece los diversos sistemas de sumisión: no tanto el poder anticipador de un sentido en cuanto el juego azaroso de las dominaciones” (1979, 15). No hay un destino que se deba cumplir en la historia, sino que siempre lo que se encuentra es el juego de las dominaciones, de las luchas, que obligan a unos a obedecer, y a otros, a gobernar, a dominar. Las relaciones de poder, en este sentido, no nacen desde la emergencia histórica de una esencia como lo sería el Estado. Nacen del juego de poder que los vencedores de alguna guerra que ha quedado oculta bajo las relaciones estatales ponen en marcha según las conveniencias, según los azares que les presenta el nuevo escenario histórico. No es que el Estado no exista ni sea una fantasía: si existe como lo hace, es porque responde tácticamente a una serie de verdades que deben ser puestas en juego, que haría funcionar ciertas relaciones y que, a partir del siglo XVII, será en él que encuentran su anclaje histórico, y no al contrario, es decir, no desde el Estado nacen ciertas relaciones de poder.

“[...] Sería un error creer, siguiendo el esquema tradicional, que la guerra general, agotándose en sus propias contradicciones, termina por renunciar a la violencia y acepta suprimirse a sí misma en las leyes de la paz civil. La regla es el placer calculado del encarnizamiento, es la sangre prometida [...] La humanidad no progresa lentamente, de combate en combate, hasta una reciprocidad universal en la que las reglas sustituirán para siempre a la guerra; instala cada una de estas violencias en un sistema de reglas y va así de dominación en dominación” (1979, 17).

Por lo tanto, lo que se encuentra por medio de la genealogía son las guerras que se inscriben en la historia a través del devenir mismo de la ‘humanidad’, en sus organizaciones, en sus relaciones; allí donde hay una organización de humanos bajo la figura de leyes, de reglas, es porque le ha antecedido una guerra. La sangre que por medio de la ley no deja de correr. De esta manera, el ‘modelo bélico’ inscribe una serie de relaciones de poder que se dan en la historia por las guerras que emergen entre los seres humanos, y las inscribe en los lugares que se constituyen como espacios de dominación. Reglas que permiten perpetuar una guerra de antaño, que marque cada vez que puede, la distancia entre los dominadores y los dominados.

“En sí mismas las reglas están vacías, violentas, no finalizadas; están hechas para servir a esto o aquello; pueden ser empleadas a voluntad de este o de aquel. El gran juego de la historia, es quién se amparará de las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas a contrapelo, y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quién, introduciéndose en el complejo aparato, lo hará funcionar de tal modo que los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas” (1979, 17-18).

Ahora bien, esta genealogía que hace emerger a la guerra en la historia como aquel elemento que permite explicar el devenir de las sociedades humanas en sociedades organizadas bajo ciertas figuras de poder –como lo son el imperio, el derecho, el Estado, el rey, el soberano, los colegios, universidades, profesores y educadores, el ejército militar, los comandantes, etc- nos permite acercarnos al objetivo del presente trabajo. Si éste pretende recoger los análisis del poder que establecen ciertas formas de dominación, encontramos en el modelo bélico de Foucault un punto de partida notable. En primer lugar, admitir que las guerras se encuentran tras el orden de la paz, de la

civilización, nos hace pensar que las relaciones de poder desde su nacimiento, desde su emergencia en la historia, no comienzan en un origen metafísico, sino en un cuerpo, en la materia misma, en aquello mismo que hay que dominar. Por lo tanto, en segundo lugar, todas las relaciones de poder que se dan dentro de una sociedad, y hacia afuera, se dan entre cuerpos. El ser humano se vuelve entonces hacia una organización que estaría atravesada constantemente por lo que denominaremos el paradigma dominador/dominados. Este paradigma reproduce a cada instante, en todo espacio posible, las relaciones de dominación que 'el poder' *debe* manifestar en pos de conservar la paz en la era civilizada. Y tras esto, ¿es posible encontrar algún espacio, algún momento que no sea sino la guerra? ¿alguna identidad que no sea la construida por medio de rapiñas, de traiciones, de sangre derramada, de edificios construidos por el azar de la guerra y en fortuna de los vencedores? No, nos respondería Foucault.

“La historia, genealógicamente dirigida, no tiene como finalidad reconstruir las raíces de nuestra identidad, sino por el contrario encarnizarse en disiparlas; no busca reconstruir el centro único del que provenimos, esa primera patria donde los metafísicos nos prometen que volveremos; intenta hacer aparecer todas las discontinuidades que nos atraviesan” (1979, 27).

Y en la misma página, nos continúa afirmando:

“Si la genealogía plantea por su parte la cuestión del suelo que nos ha visto nacer, de la lengua que hablamos o de las leyes que nos gobiernan, es para resaltar los sistemas heterogéneos, que, bajo la máscara de nuestro yo, nos prohíben toda identidad” (1979, 27).

Es decir: bajo la 'identidad' que nos aseguraría nuestro andar seguro por la vida, es por medio de la genealogía que no encontramos otra cosa que reglas que estarían a la merced de los dominadores, y que, por estar en condición de guerra perpetua, no hacen otra cosa que reforzarlas, encubrirlas, desplazándolas en todo momento, asegurando que se mantengan estables ciertas relaciones de poder, o en este caso, de dominación¹.

¹ Es cierto que no podemos afirmar que Foucault piensa igualar las relaciones de poder con las de dominación. Las primeras, son siempre móviles, o al menos, permiten cierta movilidad, y, además,

“El análisis histórico de este gran querer-saber que recorre la humanidad hace pues aparecer a la vez que no hay conocimiento que no descansa en la injusticia (que no existe pues, en el conocimiento mismo, un derecho a la verdad o un fundamento de lo verdadero) [...] En lugar de que el saber se distancia poco a poco de sus raíces empíricas, o de las primeras necesidades que lo han hecho nacer, para convertirse en pura especulación sumisa a las solas reglas de la razón, en lugar que esté ligado a su desarrollo a la constitución y a la afirmación de un sujeto libre, implica un encarnizamiento siempre mayor; la violencia instintiva se acelera en él y se acrecienta[...]" (1979, 28).

La genealogía, por lo tanto, nos muestra que no hay esencialidades en la historia, sino lo contrario: azares, discontinuidades, que se van reforzando en el juego de la historia, que no ha sido otro que el de la guerra. Entonces, bajo esta grilla de inteligibilidad que puede ser leída la historia, es que el método genealógico de Foucault toma su sentido. “El propósito de la genealogía es realizar un análisis del modo en que tales fuerzas producen saberes, objetos de conocimiento, instituciones, prácticas y sujetos, enmarcados en un juego perpetuo de vencedores y vencidos” (2010, 23). Es decir, siempre considerando que es una guerra la que emerge (en algún punto de la historia), la que recorre todas las relaciones que se dan dentro de la sociedad, se puede investigar cómo nacen las instituciones a partir de este modelo bélico. Es por ello, que las relaciones de poder bajo este esquema nietzscheano (el modelo bélico) solamente se distinguen por su fuerza, su contenido, y no por su forma, su lógica. En la guerra, y posterior a ésta, lo que se busca ganar no es una lucha moral, sino invertir o mantener las relaciones de dominación. Siempre dominación y no otra cosa; nunca la paz, sino hacerse de medios para seguir controlando la guerra. Tal es el panorama que queda tras hacer de la guerra el elemento por el cual pasan todas las relaciones de poder en la historia, la cual puede ser rastreada por una genealogía que no se contenta

permite la resistencia. Las relaciones de poder entonces pueden ser analizadas desde su localidad, sin la necesidad de recurrir a un poder ‘centralizado’, y a partir de él, encontrar una serie de prácticas que son obligadas a aparecer y a ser realizadas. En cambio, en las relaciones de dominación, el poder es siempre vertical, desde una figura central de autoridad, el amo, hacia el dominado, el esclavo, sin la necesidad de que este último pueda ‘resistir’ a un poder que construye su identidad como esclavo. Como hemos visto, el análisis del poder en Foucault siempre permite la movilidad, en la medida que pueden ser ensambladas en distintas *estrategias*. Las relaciones de dominación en cambio, responden más bien a un poder (precario) que se limita a la prohibición de las leyes y al poder del soberano, tal como la planteaban los intelectuales y teóricos del poder clásico.

exclusivamente con describir la superficie, sino mostrar lo que hay fuera y dentro de ésta, sus relaciones con otros tipos de saberes, con otros conocimientos, los cuales pueden comunicarse al ser instrumentalizados para el fin de los dominadores; por ello la genealogía pretende *explicar*, más que *describir*.

Retomemos lo dicho al principio: que las relaciones de poder incluso estarían allí en el momento en que nos pensamos, que nos concebimos como *sujetos*, como individuos que se forman en ciertos espacios, donde se dan determinadas relaciones de poder, o de *dominación* según el modelo bélico de Foucault. Por ello, en *Historia de la gubernamentalidad*, Castro-Gómez nos dice lo siguiente:

“El preso, el loco, el soldado, el obrero, por ejemplo, son subjetividades que se forman a través de procesos de sujeción disciplinaria en la cárcel, en el hospital psiquiátrico, en el cuartel y en la fábrica. A su vez, estos ámbitos institucionales operan como laboratorios para la formación de aquellas disciplinas científicas encargadas de estudiar al "hombre" y generar verdades universales sobre su comportamiento. La subjetividad, en suma, es pensada exclusivamente como efecto de las relaciones saber/poder. Ser "sujeto" equivale entonces a estar sujetado tanto a unas disciplinas corporales como a unas verdades científicamente legitimadas” (2010, 25).

De esta manera, los espacios que se forman en una sociedad civilizada, como lo son las sociedades occidentales desde el siglo XVI, no corresponden al desarrollo ‘natural’ del hombre, ni a la materialización del sueño metafísico o idealista de hacer de las relaciones humanas el progreso de una razón, divina o subjetiva; son espacios de poder que, como tal, responden a lógicas y fines que los dominadores ponen en juego con distintos instrumentos, medios y técnicas, las cuales, como veremos en el primer capítulo, corresponden a lo que se denomina en Foucault el *anátomopoder*, las disciplinas, que son medios de control que asegurarían la entrada y configuración del cuerpo del sujeto (del obrero, del soldado, del niño, de la mujer, de la madre) a una serie de relaciones de dominación que estarán presentes desde ahora en todo momento. Los espacios, por lo tanto, como escenarios donde la guerra se puede seguir perpetuando bajo otras formas, bajo la forma de lo legal, de lo permitido, de lo aceptable, de lo natural. ¿cómo logran, en la historia, reforzarse estas relaciones de dominación? ¿son las disciplinas el gran punto que los dominadores están constantemente desplazando,

en todo momento, para formar subjetividades? Luego de las disciplinas, Foucault dedica sus análisis de las relaciones de poder en lo que se denomina bio-política: aquellas políticas que se encargan de la vida de la población (es decir, de la vida no sólo biológica, sino la vida dentro de la 'artificialidad' construida por los sujetos en la historia) que la hacen entrar en un juego de técnicas y estrategias que entienden al ser humano no solamente dotado de un cuerpo, sino también de relaciones que lo competen en tanto *especie biológica*, con peligros asociados a ella. Así, desde el siglo XVII-XVIII 'el poder', bajo las relaciones de dominación, comienza a fijarse no solamente en el cuerpo del sujeto, sino en su funcionamiento, en su organización como especie biológica. El nacimiento de las ciencias del hombre va de la mano con una serie de relaciones que colocan a estos elementos inherentes a su vida misma: el nacimiento, la mortalidad, las enfermedades, la hambruna, los desplazamientos geográficos, la acumulación de los grupos en las ciudades, su higiene o la falta de ella, etc. En fin: elementos que ahora pasan a formar parte del entramado de las relaciones de poder y que asegurarían una eficaz sujeción tanto del cuerpo-individuo como del cuerpo-especie, que será clasificado como la *población*.

El presente trabajo tiene precisamente por fin, en primer lugar, exponer lo que Foucault denomina como biopolítica bajo el modelo bélico: la aparición del sujeto-especie (población) en la historia corresponde al entramado de relaciones de poder que son producidas por una guerra que recorre a su vez, desde su inicio, la historia misma de las sociedades. Siempre entonces en el juego entre dominadores y dominados. ¿quién se hace de los medios de control para asegurar, no tanto un nivel privilegiado en los puestos políticos o económicos, sino para controlar, vigilar unos sujetos que *deberán* adecuarse a realidades que estarían definidas por los dominadores? ¿cómo logran conjurar un nuevo sujeto susceptible a estas relaciones de dominación, o es que hay que volver a una historia en la cual, por un destino que se imprime en ella, todo sucede de acuerdo a un plan, a un origen que se desenvuelve en la historia y en los cuerpos? Este es el recorrido que sigue el primer capítulo: la biopolítica y la guerra, la población y las relaciones de poder.

Luego: la biopolítica en Foucault no se agota al modelo bélico. Por el contrario, éste se desplaza hacia nuevos análisis, para re-encontrar las relaciones de poder en otros momentos, en otras instancias de *sujeción*, en otras prácticas de dominación. Es lo que llevará a Foucault en su curso de 1978 titulado *Seguridad, territorio y población*, a preguntarse si acaso este nuevo sujeto político, la población, nace a partir de emergencias históricas propias de la guerra, o más bien, habría que investigar el contexto político bajo el cual nace esta población, y que lo dotaría de fines más globales, afirmándose a su vez en prácticas agrupadas en redes de poder. ¿cómo se puede llevar a cabo tal desplazamiento? ¿Por qué no quedarnos con el modelo bélico, y asegurar en cambio que la guerra ya no es la grilla de inteligibilidad de la historia, sino que ésta sería un instrumento que, a partir de cierto momento, responde a ciertos fines que son guiados por una racionalidad no necesariamente bélica, más bien por un tipo específico de relaciones que tienen que ver con el modo de gobernar, es decir, relaciones de carácter político? ¿qué relaciones de poder entran en juego en este nuevo tipo de análisis, si ya no es la mera dominación de los dominadores? ¿qué sostiene que ciertas relaciones de dominación hagan aparecer a figuras que se socializan de inmediato, ya sea por su eficacia o por la necesidad del cambio de ciertos paradigmas referidos a la manera en cómo se debe gobernar? En otras palabras: ¿Cuál es la grilla de inteligibilidad de la historia, si ya no es la guerra? Será la *gubernamentalidad*. Por ello, en el segundo capítulo estudiaremos qué consecuencias tiene para el análisis del poder, de las relaciones de poder en Foucault, la aparición de este nuevo concepto, por qué caminos recorre, y cuál es el fin de esta ‘nueva grilla’.

Y junto con la aparición de la *gubernamentalidad*, otro tanto de conceptos nuevos; el gobierno de los hombres, de las poblaciones como un arte que permite el control tanto del territorio, de los hombres y de las relaciones que éste establece con aquel. El gobierno como este tipo de relación que, haciendo su genealogía, su recorrido histórico, encuentra nuevamente bajo la figura del Estado, una serie de técnicas, de instrumentos, de fines que están a la disposición de prácticas reguladoras, de control de la sociedad. Por lo tanto, si la población aparece en el modelo bélico como la contracara de un poder soberano que se manifiesta cuando otorga la muerte al súbdito, debemos afirmar que

su nacimiento (de la población), su aparición en la historia se debe al azar de la guerra, a sus medios que la siguen conjurando, y no a una racionalidad que *calcula* su aparición para fines de control *político* y, sobre todo, *económico*.

En el tercer y último capítulo, vemos el desarrollo al interior del Estado de nuevos dispositivos que tienen por fin fijar cierta trascendencia al Estado. Éste, en efecto, permite que medios de control tanto al cuerpo como a la población empiecen a ser considerados desde el poder como una forma eficaz de mantener relaciones de dominación, y en última o primera instancia, de gobierno.

Como se advierte, el interés de esta tesis radica en la puesta en juego de un vocabulario en el que el poder muta, se transforma según las tácticas, según los fines, los efectos que se plasman en la historia y actúan en las relaciones que constantemente producen subjetividades, saberes y verdades. Por ello, Michel Foucault parece ser un estudioso ‘del poder’², de las relaciones de poder, cuyo análisis de las prácticas que se ensamblan en dispositivos de poder nos permite identificar en la historia las formas de poderes que estarían ‘racionalizando’, ‘naturalizando’ un conjunto de dominaciones que no se dan exclusivamente a través de la forma de la ley, del imperativo, sino que por necesidades de expansión económica y territorial, se apoyan en las nuevas ideas liberales de la burguesía, logrando por ejemplo, la entrada del Estado como figura política y social capaz de asegurar eficazmente el desarrollo racional de la vida humana.

Tal como lo afirma Foucault en la clase del 15 de febrero de 1978;

“[...] No es un trabajo consumado y ni siquiera hecho, es un trabajo que se está haciendo, con todo lo que ello puede entrañar, desde luego, de imprecisiones, hipótesis y, en fin, *pistas posibles, para ustedes, si quieren, y tal vez para mí*” (2006, 161. El destacado es mío).

² No sólo del poder, sino también del *sujeto*, como quedaría documentado en sus obras a partir de 1980. No es que al hablar del ‘poder’ Foucault se olvida del sujeto, sino todo lo contrario: el interés en Foucault radica en cómo se *forma*, se *construye* cierta subjetividad que en las sociedades occidentales estaría o va de la mano de relaciones de poder que les otorgan objetividad. Véase *El sujeto y el poder* (1984) para leer en Foucault el interés en sus investigaciones por el *sujeto*.

Primer capítulo

La biopolítica en el modelo bélico. El 'hacer vivir, dejar morir' como principio de gobierno.

Admitir que Foucault estaría pensando en 1976, al momento de realizar su curso en el Collège de France que sería publicado posteriormente bajo el nombre de *Il faut défendre la société*, en una analítica del poder que logra dar cuenta que, en la historia, son las *relaciones de gobierno* las que estarían de fondo en los cambios introducidos por las nuevas formas en las que se representa y actúa el poder a partir del siglo XVII-XVIII (incluso, desde antes si tomamos en cuenta la importancia de la colonización europea a América en el siglo XVI para el desarrollo posterior de las prácticas de poder en las que estaría pensando Foucault, como las de dominación), como el poder disciplinario y el biopoder, sería ir más allá de lo que en verdad escribió el autor parisino. Los poderes disciplinarios y el bio-poder foucaulteano responderían más bien a una serie de emergencias históricas en las que “*el poder*” se mostraba insuficiente para hacerse de nuevos medios que permitieran el control, la sujeción de individuos que deben fortalecer ya no a un soberano, un rey, un imperio, sino al Estado y a sus ciudadanos, a las nuevas relaciones sociales “civilizadas” que vendrían a liberar al sujeto del yugo imperial. Esta insuficiencia del poder se dejaba ver en sus lagunas con respecto a la economía: un poder que se centra en el brillo e imagen del rey, del cuerpo del rey, no podía abarcar al mismo tiempo, con la misma fuerza –ni física, ni jurídica- a distintos ‘sectores’ en donde sus súbditos evadían impuestos por medio del contrabando, por ejemplo. El contrabando siguió siendo una de las principales fuentes económicas de gran parte de la población en la edad media. De esta manera, el poder necesitaba abarcar áreas que antes no abarcaba: necesita nuevos medios, hacerse de nuevas técnicas que permitan cubrir espacios vacíos que el rey no podía ni *sabía* cómo gobernar.

Estos nuevos medios, técnicas que el poder va requiriendo para sujetar a los sujetos a nuevas formas de gobierno, van a ser estudiadas por Foucault desde su carácter local

y micro, antes que partir desde los grandes correlatos clásicos del poder: en vez de fijar en una institución la historia de cómo se ha desarrollado la sujeción a ciertas prácticas por parte de los sujetos, a fin de ser gobernados, Foucault partirá en preguntar por las prácticas que los mismos sujetos realizan y que serán “recogidas” por esta nueva clase, la burguesía, que permitirían a su vez afirmar en estas prácticas, condiciones de legitimidad aceptables para el desarrollo de la *vida* humana. Una determinada vida humana que responderá a la exigencia y demanda de un (naciente) capitalismo que requiere ya no tanto de la acumulación de riquezas como del problema de la producción. Para ello, la importancia radica ahora en los cuerpos. Cuerpos que deben ser adiestrados, jerarquizados; capaces de realizar trabajos rutinarios que se acomoden a la regla, a la *norma* y no tanto a la ley. En otras palabras: no es un invento de la burguesía el control a, por ejemplo, la sexualidad infantil—si es que efectivamente la controló—, sino que allí, en el control de la sexualidad infantil, se mostró un espacio donde se podía levantar a partir de ésta, una nueva concepción de sujeto que estaría a la par, en consonancia con un naciente capitalismo industrial³. Además de la inserción de una moral que justificaría la vigilancia, el control y la jerarquización del cuerpo infantil con el fin de adiestrarlo, separarlo, curarlo. Por lo tanto, no es que la burguesía como clase permite que sea, en este caso, adiestrado el cuerpo del niño/niña, sino que es el medio de control, los mecanismos que permiten este adiestramiento en los que la burguesía se fijará para lograr hacer entrar en juego toda una serie de preocupaciones biológicas y sociales que permiten la consolidación de una forma de gobierno que tiene por fin la de proteger la *buena* vida; la vida productiva, reproductiva. Es decir: comienzan a fijar el *racismo de Estado* como la grilla de inteligibilidad que permite sostener los cambios industriales, los procesos coloniales que involucraban la muerte de la raza no deseada, o en todo caso, de todo aquello que representaba un peligro para la raza pura—por ello el control a la sexualidad infantil, al cuerpo del niño masturbador, a fijar en la carne, en el cuerpo de la mujer una serie de enfermedades que podían llevar a malversaciones genéticas futuras y con ello, la degradación de la especie.

³ Véase *Historia de la sexualidad Vol.1 a voluntad de saber*. M.Foucault. Siglo xxi, 1998.

Por ello, no son los grandes relatos del poder en los que se interesa Foucault para dotar de cierta característica a los poderes que se han ido desarrollando en la Europa del siglo XVII-XVIII –y que, por cierto, tienen su alcance global-sino en las prácticas locales que van a quedar sujetas a una serie de formas en las que el poder se valida a sí mismo, y a la vez, valida la realidad misma a controlar: la subjetividad. Así vemos en el análisis de Foucault, por ejemplo, en Francia del siglo XVIII, la apropiación táctica del discurso histórico como medio político permite, tanto a nobles como a monárquicos y burgueses descubrir las rapiñas, las traiciones, las guerras que habrían fundado y justificado hasta aquel momento las prácticas soberanas, la de los súbditos, la de los burgueses. En fin: de todo el tejido social. Este discurso pasa entonces de ser parte del discurso nobiliario a formar parte del discurso de la burguesía y de la revolución francesa.

En efecto, afirma Foucault en su clase del 3 de marzo de 1976:

“En suma, querría mostrarles que ese discurso histórico no debe tomarse como la ideología o el producto ideológico de la nobleza y de su posición de clase, y que en este caso no se trata de ideología; se trata de otra cosa, que intento justamente identificar y que sería, si me permiten decirlo, la táctica discursiva, un dispositivo de saber y poder que, precisamente, en cuanto táctica, puede transferirse y se convierte, en última instancia, en la ley de formación de un saber y, al mismo tiempo, en la forma común a la batalla política. Por lo tanto, generalización del discurso de la historia pero en cuanto táctica” (1976, 175).

Y a continuación en la misma clase, en cuanto a la generalización táctica del discurso, se pregunta: “¿cómo se desplazó de su lugar de origen, que era la reacción nobiliaria a principios del siglo XVIII, para convertirse en el instrumento general de todas las luchas políticas de fines del mismo siglo, desde cualquier punto de vista que se las considerara? Primera pregunta, razón de esta *polivalencia táctica*: ¿cómo y por qué este instrumento tan particular, ese discurso en definitiva tan singular, que consistía en cantar la alabanza de los invasores, pudo convertirse en un instrumento general en las tácticas y los enfrentamientos políticos del siglo XVIII?”⁴

⁴ El destacado es mío.

Este es el camino investigativo para Foucault: más que contar la historia de cómo la burguesía se hace en cierto momento histórico de técnicas que asegurarían su posición de clase dominadora, Foucault parte por preguntarse cómo un medio, un instrumento, se vuelve táctica para una clase u otra, en pos de ciertos fines específicos. Esta lucha epistemológica que se da por y en el poder, los discursos históricos en tanto técnicas permiten asegurar la entrada a la historia de ciertas prácticas que reivindiquen, ya sea, a la monarquía, a la aristocracia, o a la burguesía. No hay por lo tanto *un* discurso que pertenece a *una* clase: el discurso como táctica es *utilizado* según los fines convenientes de cada clase o raza. Entonces, el 'objetivo' en Foucault es problematizar ciertas nociones que se dan por "naturales", con cierto grado de "inmanencia" en las teorías clásicas del poder –jurídico, marxista-económico. ¿Cómo un discurso que no le pertenece a la burguesía es capaz de adaptarse a las técnicas de ésta para hacer legítimo las prácticas disciplinarias? Lo que busca afirmar Foucault, es mostrar el carácter a-histórico de la burguesía, sobre todo en los años anteriores a la revolución francesa, al defender ideas como el derecho natural, o apelar a un contrato social que establece la realidad cívica-social. Esta problematización recorre toda la obra foucaultiana en sus investigaciones acerca de las relaciones de poder-saber que se dan en los siglos XVIII-XIX; lo que busca entonces, es eliminar cualquier tipo de esencia histórica (como vimos ya en la introducción), y mostrarlas por el contrario, tal como se han dado en la historia prácticas que, en tanto tácticas del poder, van dando forma a nuevas formas de relaciones de poder que parecieran estar en la historia dado a su carácter esencial, como un *deber-ser* que, por su mismo carácter de imperativo, no puede sino darse con sus efectos esperados y conocidos.

No es el fin del presente capítulo dar cuenta con las investigaciones a nivel poder-saber que establece Foucault en *Il faut défendre la société*, sino que nos servimos de estos ejemplos para mostrar la nueva práctica que pone en juego el autor parisino para estudiar las relaciones de poder en la historia: no se trata de ver la puesta en marcha desde Boulainvilliers hasta Rousseau o Sieyès del discurso histórico como táctica para lograr hacerse de un medio de control político-económico. El fin es otro: los efectos que logran estas apropiaciones en el campo epistemológico no se reducen exclusivamente

a este juego entre poder-saber-verdad que permite la sujeción de un nuevo sujeto (el moderno) en la historia, sino que el eje al que nos dirigimos es otro; afirmar que hacerse de ciertos medios, del conocimiento de ciertas tácticas de control, permiten poner en práctica nuevas formas de relaciones de dominación que, en tanto se inserta en un espacio material determinado y en la fijación de nuevos objetivos políticos, esta sujeción es vista siempre como necesaria por parte de los dominadores, e incluso ahora por parte de los dominados. El no querer ser parte de estas nuevas formas de dominación (ocultas en forma de soberanía, de derechos, luego en la seguridad de la raza) puede resultar en la aberración, en la exclusión, en la muerte. Ser salvaje ahora, en una república civilizada, es un peligro para el sujeto, para la ciudad-estado, para la población.

Ahora bien; ¿Cuáles son estas nuevas formas del poder que Foucault establece en los siglos XVIII-XIX que van a permitir esta sujeción del nuevo objeto político, el cuerpo y la población, a un devenir histórico que los incluye en prácticas de dominación, de jerarquización, de control eficaz, de seguridad, de aceptabilidad? ¿Qué permite la sujeción de los cuerpos a las nuevas prácticas económicas capitalistas que comienzan a darse en Europa occidental, y otras partes del mundo? ¿Qué debe tomar en cuenta esta nueva forma de poder, y en qué se diferencia de la otra? ¿cómo nacen, en todo caso, estos nuevos objetos a controlar, o es que siempre estuvieron allí, junto con una super-estructura que por encima de éstos siempre ha logrado su enajenación, su control, y que no se puede sino ser analizada siempre de arriba hacia abajo, de la estructura que domina hacia los dominados? ¿es entonces, el Estado como institución y como práctica, un sujeto político que desde un momento histórico hace suyo el control de los sujetos, o es que la constitución de los estados modernos es un medio, una táctica que, desde un grupo, una clase, funda y justifica una serie de relaciones de poder que forman un tejido en el cual los sujetos *sujetados* van, a su vez, a afirmar estas nuevas relaciones de dominación? ¿su incorporación a estas redes de dominación es debido al alto precio que equivale el abandonar estas prácticas, ya sea por el miedo al castigo, a ser lo *bárbaro* dentro de los civilizados, a ser lo excluido? Veremos en este capítulo cómo el bio-poder, esta nueva forma de comprender el poder que permite hacerse del control

y *gestión* del cuerpo-átomo y de la población-molécula, aparece en la historia como un poder que administra la vida dando la muerte a la no-vida, o en todo caso, a aquello que representa un peligro para la raza, para toda la especie; cómo el bio-poder se contrapone a un poder-soberano que se encarga de decir siempre que no por medio del derecho jurídico, de las leyes, del brillo del rey, del espectáculo del castigo; cómo en este *administrar* la vida la soberanía, o en todo caso lo que posee de *dominación*, de las relaciones de dominación, es investida, ocultada a través de nuevos medios, tácticas, a las prácticas económicas, políticas que mantienen a los sujetos y a sus nuevas formas de organización (política: el Estado moderno; económica: el liberalismo) estar *sujetos*, anclados en la historia. Veamos por lo tanto cómo hemos de comprender en primer lugar, el nivel de análisis del poder en el que van a aparecer estas nuevas formas de dominación que van a permitir aparecer por un lado el cuerpo en la ciudad, en la escuela, en el hospital, en la cárcel, y por otro, la población a lo largo de la ciudad, de todo el Estado.

1.1 El análisis del poder [de los poderes] en Foucault; el poder positivo.

En *Historia de la sexualidad I, La voluntad de saber* (1998) Foucault nos presenta lo que ha sido para occidente la erosión de los discursos sobre el sexo en el ámbito médico, el jurídico, en la religión y en las diversas prácticas locales en las que puede ser encontrado: la escuela, la familia, la habitación de los menores y de los padres. Sin embargo, esta “erosión”, esta voluntad por explotar al sexo en lo que tiene de discursivo (prohibiciones, reglas para su vigilancia, la atención de posibles enfermedades en el cuerpo y en la mente, y en general, todo lo que puede ser afectado por el sexo) no tiene su fin el hacer del sexo un saber más “democrático” o al menos, una práctica de conocimiento que sea común para todo ser humano. Por el contrario: toda masificación de los discursos del sexo es estudiado por Foucault como un movimiento táctico que permite a través del sexo, y en específico, de la *sexualidad, del dispositivo sexualidad* sujetar a relaciones de dominación a los sujetos que se las ven con éste. En otras

palabras: que se hable tanto de sexo no significa el querer descubrir la verdad del placer, la verdad de nuestros cuerpos, sino por el contrario, hacer por medio del sexo, del dispositivo sexualidad, que se afirmen en él ciertas prácticas que ahora deben ser controladas para la normalización de las relaciones de dominación, como lo es la vigilancia, la clasificación de cuerpos, de enfermedades, de perversiones. La exigencia por parte de la burguesía de hacerse de estos medios de control les permite a su vez representarse como una clase, sino “superior”, si al menos distinta moral y físicamente de aquella clase que debe ser controlada, dominada. Esto tiene sentido con el naciente capitalismo que requerirá un nuevo control de los cuerpos. Es más: necesita hacer aparecer los cuerpos a lo largo de las ciudades para acelerar los procesos de producción y de reproducción. Los necesita, por lo tanto, sanos; necesita cuerpos higiénicos que sean capaces de resistir las nuevas exigencias de la vida. Se extiende el ‘cuerpo sano del burgués’ como idea de la buena raza, pero siempre guardando sus diferencias con el ‘cuerpo del proletariado’, un cuerpo que, si bien *debe* ser sanado y que se mantenga como tal, es siempre un cuerpo dominado, arrojado en la ciudad para ser controlado, educado, castigado, jerarquizado, clasificado.

Sin embargo, estos análisis de Foucault no pueden ser entendidos como comúnmente se ha querido pensar lo que significa la proliferación de los discursos sobre el sexo y que los habrían dejado en un espectro puramente negativo, de represión, como si hablar del sexo implica por sí mismo una *liberación* de un poder que siempre se manifiesta en tanto es represivo. Nada de eso nos dice a continuación Foucault;

“Se trata pues de considerar con seriedad esos dispositivos y de invertir la dirección del análisis; más que de una represión generalizada y de una ignorancia medida con el patrón de lo que suponemos saber, hay que partir de esos mecanismos positivos, productores de saber, multiplicadores de discursos, inductores de placer y generadores de poder; hay que partir de ellos y seguirlos en sus condiciones de aparición y funcionamiento, y buscar cómo se distribuyen, en relación con ellos, los hechos de prohibición y de ocultamiento que le están ligados. En suma, se trata de definir las estrategias de poder inmanentes en tal voluntad de saber. Y, en el caso preciso de la sexualidad, constituir la “economía política” de una voluntad de saber” (1998, 92).

¿qué busca con ello Foucault, con hacer aparecer a los mecanismos negativos como una estrategia de poder que los pone a funcionar como tal y que, por el contrario, este poder que los hace funcionar se enviste de *mecanismos positivos* que pueden o no, ser puestos en marcha como prohibiciones, como un ocultamiento?

Se trata de hacer funcionar a los mecanismos de poder en su positividad, en relación con sus objetivos económicos-políticos y en la necesidad de inscribirlos en nuevas prácticas de dominación que sean capaces de sostener el crecimiento económico del estado, el cual como veremos más adelante, será el nuevo fin de las *relaciones de gobierno*. De otra manera: que la aparición del control de los cuerpos, de los peligros que lleva consigo la especie de estos cuerpos, es decir, la *población*, son posibles y se dan en tanto se busca fortalecer al Estado-moderno frente a los otros Estados, los cuales entran en una competencia económica con el fin de inscribirse en *la* historia (civilizada, la de occidente), y con ello, dar cuenta de su condición de civilizados, de no-bárbaros, de *hombres libres*. Por ello, el cuerpo ahora puede ser controlado, y debe serlo. Por lo tanto, el análisis del poder no puede ser considerado en su aspecto negativo, represivo, pues no alcanzaría a dar cuenta éste de los cambios que introdujo el capitalismo en las sociedades occidentales-y en el mundo-.

“La apuesta –nos dice Foucault- de las investigaciones que seguirán consiste en avanzar menos hacia una “teoría” que hacia una “analítica” del poder: quiero decir, hacia la definición del dominio específico que forman las relaciones de poder y la determinación de los instrumentos que permiten analizarlo” (1998, 99).

Entonces, más que hacer una teoría clásica del poder, Foucault apuesta por una “analítica”, que lo llevaría a estudiar las condiciones que hacen posible la instauración del poder disciplinario a comienzos del siglo XVIII y el bio-poder, en la segunda mitad del mismo siglo. Y esto pues, analizar lo que ha permitido insertar en la historia de las sociedades occidentales ciertas formas de poder según una teoría clásica del poder, sería para Foucault no liberarse del dominio de la ley, del rey, de la soberanía (cfr. 1998, pág. 109), y esto porque el poder ya no se concentra en el privilegio ni de la ley, ni en el rey, sino que

“ahora resulta absolutamente heterogéneo respecto de los nuevos procedimientos de poder que funcionan no ya por el derecho sino por la técnica, no por la ley sino por la normalización, no por el castigo sino por el control, y que se ejercen en niveles y formas que rebasan el Estado y sus aparatos” (1998, 109).

¿cómo comprender este análisis a las condiciones que hacen posibles insertar en las sociedades occidentales las nuevas formas de poder, si ya no podemos partir de un punto fijo, esencial, estable en la historia? ¿si no es por medio del análisis ni del Estado ni de sus aparatos, ni de las leyes ni sus pensadores, cuál o cuáles son los dominios, los objetos de estudio a los cuales busca aproximarse Foucault? En su capítulo “Método” encontramos las propuestas analíticas que nos ofrece el autor francés para dar con un “correcto” análisis de lo que son las prácticas que permiten la sujeción del cuerpo y la población a la disciplina y a la biopolítica. Lo primero que nos encontramos será la aproximación al concepto “poder”:

“Por poder no quiero decir “el Poder”, como conjunto de instituciones y aparatos que garantizan la sujeción de los ciudadanos en un Estado determinado. Tampoco un modo de sujeción que, por oposición a la violencia, tendría la forma de la regla. Finalmente, no entiendo por poder un sistema general de dominación ejercida por un elemento o un grupo sobre otro, y cuyos efectos, merced a sucesivas derivaciones, atravesarían el cuerpo social entero” (1998, 112).

Aquí nos vemos con lo que no quiere hacer Foucault y que de alguna manera ya lo habíamos planteado anteriormente: no se trata de analizar “el poder” según sus clásicas figuras, como el Estado, la ley, la soberanía, la dominación de una clase sobre otra (lucha de clases), las cuales serían sus “formas terminales” (1998, 112), sino que las relaciones de poder que permiten la sujeción de un sujeto a ciertas prácticas de dominación se deben estudiar entiendo la “multiplicidad de las relaciones de fuerzas inmanentes y propias del dominio en que se ejercen, y que son constitutivas de su organización” (1998, 112).

La siguiente cita nos parece clarificadora, puesto que vemos en ella cómo entiende Foucault *los poderes*, o estas relaciones de poder que deben ser estudiadas no desde sus correlatos, sus efectos, sino a partir de su misma práctica, haciéndolas a todo

momento ‘móviles’, ‘inestables’, y por ello, pueden ser insertas a una economía de poder que las haga fijas, estables, repetitivas;

“[...]La condición de posibilidad del poder, en todo caso el punto de vista que permite volver inteligible su ejercicio (hasta sus efectos más “periféricos” y que también permite utilizar sus mecanismos como cifra de inteligibilidad del campo social), no debe ser buscado en la existencia primera de un punto central, en un foco único de soberanía del cual irradiarían formas derivadas y descendientes; son los pedestales móviles de las relaciones de fuerzas los que sin cesar inducen, por su desigualdad, estados de poder-pero siempre locales e inestables.[...] El poder está en todas partes; no es que lo englobe todo, sino que viene de todas partes. Y “el” poder, en lo que tiene de permanente, de repetitivo, de inerte, de autorreproductor, no es más que el efecto de conjunto que se dibuja a partir de todas esas movilidades, el encadenamiento que se apoya en cada una de ellas y trata de fijarlas. Hay que ser nominalistas, sin duda: el poder no es una institución, y no es una estructura, no es cierta potencia de la que algunos estarían dotados: es el nombre que se presta a una situación estratégica compleja en una sociedad dada” (1998, 113).

Por lo tanto, para analizar junto con Foucault lo que han sido las relaciones de poder que han quedado fijas, ancladas en la historia de los cuerpos y de las sociedades occidentales, no podemos servirnos ni de la ley, ni de la soberanía, ni del Estado como aquellos puntos de dominación que permitirían el desarrollo de ciertas estrategias, políticas y económicas; sino partir desde aquellas relaciones que realizan los mismos sujetos y que son ancladas según ciertas tácticas, que son constantemente fijadas por las relaciones de dominación, o de *gobierno* que permiten su aparición en ciertos espacios y que por ello, son en estas relaciones en las que el autor francés fija su objeto de estudio, y no en esencialismos ni en correlatos que ‘el’ poder se hace para poder autojustificarse, para validar ciertas prácticas, *normalizarlas*.

De esta manera, en el mismo capítulo, Foucault nos da una serie de proposiciones que nos permiten ver cómo habríamos de acercarnos al estudio de las relaciones de poder, sin recurrir a las clásicas definiciones de éste –que estarían sujetas al Estado, la soberanía, o la dominación ejercida por un grupo a otro-. Primero; que el poder no es una propiedad, es decir, “el poder no es algo que se adquiriera, arranque o comparta, algo que se conserve o se deje escapar” (1998, 114). En una palabra: el poder *no le*

pertenece a alguien o algo en específico, sino que es *algo que se ejerce*, en relaciones múltiples y desiguales. En segundo lugar; las relaciones de poder no forman parte de un campo exclusivo del cual otros tipos de relaciones no forman parte, como las económicas, las de conocimiento, las sexuales, sino que son inmanentes. En palabras de Foucault, “las relaciones de poder no se hallan en posición de superestructura, con un simple papel de prohibición o reducción; desempeñan, allí en donde actúan, un papel *directamente productor*” (1998, 114, el destacado es mío). Por ello, analizar las relaciones de poder lleva consigo dar cuenta de cómo funcionan éstas, más que encontrar a partir de ellas elementos que las vuelven inertes, fijas en la historia; éstas, al contrario, forman, producen ciertas prácticas que van quedando insertas en ciertas relaciones que cumplen un rol estratégico, táctico, como lo son las económicas, las sexuales, las de trabajo, las familiares, las que se dan en la escuela, en la cárcel, en el hospital. Por ello, continúa afirmando Foucault que

“el poder viene de abajo; es decir, que no hay, en el principio de las relaciones de poder, y como matriz general, una oposición binaria y global entre dominadores y dominados, reflejándose esa dualidad de arriba abajo y en grupos cada vez más restringidos, hasta las profundidades del cuerpo social” (1998, 114).

De esta manera, las relaciones de poder que se dan en los distintos espacios sociales, sirven de “soporte” para las divisiones que ocurren en éstos. “Las grandes dominaciones-dice Foucault- son los efectos hegemónicos sostenidos continuamente por la intensidad de todos esos enfrentamientos” (1998, 115). En otras palabras: que ‘el poder’ no puede ser estudiado según la categoría de dominador/dominados pues ésta dejaría a las múltiples relaciones de poder inmóviles, estables, sin poder manifestarse más que en el espacio y en la forma que le son prescritas, según las necesidades de los dominadores. Con esto, además, se concede la forma de prohibición que tomaría el poder en la Edad media, en el poder de decir no, en la ley que no produce, sino que castiga, impide, prohíbe, y como ya establecimos, nada es más contrario que la apuesta por estudiar las relaciones de poder según Foucault en su realidad histórica. Y ésta no es otra más que las estrategias, las tácticas que la ponen en funcionamiento, que las inscriben en otras prácticas y con ello, asegurarían la sujeción de los cuerpos y

de la población para la reproducción de un sistema que tendría como objetivo el control de la población, por medio de la disciplina de los cuerpos y la gestión de los peligros de la población. De hecho, nos recuerda Foucault que “no hay poder que se ejerza sin una serie de miras y objetivos” (1998, 115).

Luego; las relaciones de poder no son inteligibles por una causa externa que las explicaría, que las dotaría de un fin, que las haría aparecer, sino que lo son por un *cálculo* que las atraviesa.

[...]la racionalidad del poder es la de las tácticas a menudo muy explícitas en el nivel que se inscriben –cinismo local del poder-, que encadenándose unas con otras, solicitándose mutuamente y propagándose, encontrado en otras partes sus apoyos y su condición, dibujan finalmente dispositivos de conjunto: ahí, la lógica es aún perfectamente clara, las miras descifrables, y, sin embargo, sucede que no hay nadie para concebirlas y muy pocos para formularlas: carácter implícito de las grandes estrategias anónimas, casi mudas, que coordinan tácticas locuaces cuyos “inventores” o responsables frecuentemente carecen de hipocresía” (1998, 116).

El poder, por lo tanto, no es subjetivo, sino *intencional*. Por último, el autor parisino escribe el lugar de las resistencias. ¿si el poder se encuentra en todos lados-omnipresencia del poder-, si lo abarca todo, si produce y no prohíbe, qué lugar queda para las resistencias? ¿acaso son prácticas que permiten la reproducción de aquel poder que buscan resistir? Nada de ello. Las resistencias para Foucault, serán “el otro término en las relaciones de poder; en ellas se inscriben como el irreductible elemento enfrentador” (1998, 117). Es decir, que las resistencias no son la contrapartida de las relaciones de poder; aun cuando éstas se encuentren allí donde se dan las relaciones de poder, las resistencias representan puntos de fuga al poder que controla, que sujeta.

“Así –afirma Foucault- como la red de las relaciones de poder concluye por construir un espeso tejido que atraviesa los aparatos y las instituciones sin localizarse exactamente en ellos, así también la formación del enjambre de los puntos de resistencia surca las estratificaciones sociales y las unidades individuales. Y es sin duda la codificación estratégica de esos puntos de resistencia lo que torna posible una revolución, un poco como el Estado reposa en la integración institucional de las relaciones de poder” (1998, 117).

De esta manera, queda planteada la siguiente cuestión: el poder, los poderes, las relaciones de poder, si bien han respondido históricamente a prácticas que las

codifican en la teoría del derecho, en la teoría jurídica del poder, éstas no agotan su realidad. Es más, las cubren, a las relaciones de poder, al silencio estratégico que les impide su movilidad. El poder entonces, se manifestaría exclusivamente en la instancia negadora, en la prohibición, por lo que su resistencia queda desplazada a la liberación de la ley, a la afirmación de nuestra libertad. Como veremos en el siguiente capítulo, esto genera la posibilidad de entender a los sujetos como objetos/sujetos políticos que en tanto libres dejan entrar a la vida pública, civilizada, un cierto margen de peligrosidad que deberá ser gestionada, controlada, regulada, *normalizada*, con el fin de eliminar de la economía política a la muerte, aquello de lo cual el poder desde el siglo XVIII, al menos en Francia, se avergüenza, se desentiende, procurando resaltar el vigor de la vida (productiva y reproductiva). En otras palabras: el biopoder se apropia, hace de suyo, esas resistencias que buscan negar al poder prohibitivo, hace de suyo los movimientos que resaltan la vida en pos de la felicidad, de la justicia social; el liberalismo será la gran racionalidad del poder que permite codificar tanto la disciplina y la biopolítica en prácticas que la normalizan, que la naturalizan, y que no son otra cosa que el establecimiento de nuevas formas de dominación, las cuales tienen como medio *las relaciones de gobierno*, y cuyo fin será la de conducir tanto las acciones propias, de uno mismo, como las de los otros. Como mencioné, esto lo veremos con su adecuada profundidad en el siguiente capítulo. Por ahora, cerramos este sub-capítulo comprendiendo el acercamiento de Foucault al estudio de las relaciones de poder prescindiendo de ciertas “esencias” por las cuales, el mismo poder ha validado sus acciones, sus interrupciones, sus amplificaciones, sus incitaciones, sus impedimentos, sus prohibiciones:

“Se trata, en suma, de orientarse hacia una nueva concepción del poder que reemplaza el privilegio de la ley por el punto de vista del objetivo, el privilegio de lo prohibido por el punto de vista de la eficacia táctica, el privilegio de la soberanía por el análisis de un campo múltiple y móvil de relaciones de fuerza donde se producen efectos globales, pero nunca totalmente estables, de dominación. *El modelo estratégico y no el modelo del derecho*. Y ello no por opción especulativa o preferencia teórica, sino porque uno de los rasgos fundamentales de las sociedades occidentales consiste, en efecto, en que las relaciones de fuerza –que durante mucho tiempo habían encontrado en la guerra, en todas las formas de guerra, su expresión principal- se habilitaron poco a poco en el orden del poder político” (1998, 124).

1.2 La biopolítica y el fin del paradigma soberano: la vida entra a la economía de la política.

De lo anterior podemos concluir lo siguiente: para analizar el poder, las relaciones de poder, no podemos servirnos de las esencias presentadas por éstas, que sería el Estado, la soberanía, el derecho jurídico, sino ver en éstas correlatos, efectos de técnicas de poder que las moldean, las transforman, y las terminan por globalizar para dar más fuerza (o aceptabilidad) al efecto buscado, más validación, en fin; normalizarlo. Por lo tanto, ¿cómo hemos de analizar lo que fue el surgimiento en los siglos XVII-XVIII de las técnicas disciplinarias y luego, en la segunda mitad del XVIII, del bio-poder, y que significó para el autor parisino poner fin al análisis del poder en el modelo de la soberanía, para dar cuenta lo que fue la introducción de la vida al cálculo político? De esta pregunta nace otra, ¿pues qué significa que estas técnicas del bio-poder, de la disciplina y la biopolítica, hallan puesto fin -o al menos permiten que sean otras las estrategias y las técnicas que se ponen en juego para controlar la vida- a la economía del poder soberano?

Al respecto, Foucault señala:

“Y yo creo que, justamente, una de las transformaciones más masivas del derecho político del siglo XIX consistió, no digo exactamente en sustituir, pero sí en completar ese viejo derecho de la soberanía –hacer morir o dejar vivir- con un nuevo derecho, que no borraría el primero pero lo penetraría, lo atravesaría, lo modificaría y sería un derecho o, mejor, un poder exactamente inverso: poder de *hacer* vivir y *dejar* morir. El derecho de la soberanía es, entonces, el de hacer morir o dejar vivir. Y luego se instala el nuevo derecho: el de hacer vivir y dejar morir” (2001, 218).

Es decir, si en el derecho de la soberanía el poder se hace valer dando la muerte a una vida que le es neutra al soberano, la del súbdito, en las nuevas técnicas de poder la muerte deberá ser el reverso de su manifestación: lo que importa ahora es mantener la vida, protegerla, administrarla. Por lo tanto, el brillo de la espada del rey no puede ser la instancia por la cual la vida sea puesta en juicio, ni el castigo especular por el cual el poder da coherencia a todas las prácticas que sus súbditos puedan realizar. Ahora,

desde el siglo XVII, la vida comienza a ser una preocupación por su fragilidad, por el constante peligro de degradarse, y lo comienza a ser para poner en juego una serie de técnicas y medios en donde el cuerpo del súbdito deviene en objeto de una serie de regulaciones, de controles y clasificaciones que le permitan moverse en el espacio de la ciudad, de la productividad.

“[...] puesto que en los siglos XVII y XVIII constatamos la aparición de las técnicas de poder que se centraban esencialmente en el cuerpo, el cuerpo individual. Todos esos procedimientos mediante los cuales se aseguraba la distribución espacial de los cuerpos individuales (su separación, su alineamiento, su puesta en serie y bajo vigilancia) y la organización a su alrededor, de todo un campo de visibilidad. Se trataba también de las técnicas por las que esos cuerpos quedaban bajo supervisión y se intentaba incrementar su fuerza útil mediante el ejercicio, el adiestramiento, etcétera. Asimismo, las técnicas de racionalización y economía estricta de un poder que debía ejercerse, de la manera menos costosa posible, a través de todo un sistema de vigilancia, jerarquías, inspecciones, escrituras, informes: toda la tecnología que podemos llamar tecnología disciplinaria del trabajo, que se introduce desde fines del siglo XVII y durante el siglo XVIII” (2001, 219).

De esta manera, ya no se trata tanto del privilegio de la ley como de hacer aparecer cada vez más en distintos espacios (hospitales, escuelas, ejército, prisiones, fábricas) a los cuerpos que deben poner en marcha estas nuevas técnicas y medios en distintas prácticas, según determinados fines: el del trabajo útil, saber distribuir, por lo tanto, la fuerza de trabajo, gastarla en la fábrica, cuidarla en el hospital, educar el cuerpo, adiestrarlo, corregirlo. Toda una serie de prácticas novedosas que ponen especial atención al cuerpo del individuo con el fin de hacerse de los medios de control, asegurando así la sujeción a las nuevas formas de poder económico y políticos que surgen en aquellos siglos.

En *Las redes del poder*, conferencia dictada en Brasil de 1976, Foucault da ejemplos de cómo funcionaría la tecnología disciplinaria, en el ejército y en la escuela.

“Y les cito en este instante el ejemplo de la disciplina en el ejército. Es un ejemplo importante porque fue el punto donde fue descubierta la disciplina y donde se la desarrolló en primer lugar. Ligada entonces, a esta otra invención de orden técnico que fue la invención del fusil de tiro relativamente rápido. A partir de ese momento, podemos decir lo siguiente: que el soldado dejaba de ser intercambiable, dejar de ser

pura y simplemente carne de cañón y un simple individuo capaz de golpear. Para ser un buen soldado había que saber tirar, por lo tanto, era necesario pasar por un proceso de aprendizaje. Y era necesario que el soldado supiera desplazarse, que supiera coordinar sus gestos con los de los demás soldados, en suma, el soldado se volvía habilidoso. Por lo tanto, precioso. Y tanto más precioso más necesario era conservarlo, y tanto más necesidad de conservarlo más necesidad había de enseñarle técnicas capaces de salvarle la vida en la batalla, y mientras más técnicas se le enseñaban más tiempo duraba el aprendizaje, más precioso era él, etc” (1991a, 4)

El cuerpo del soldado se vuelve entonces valioso, objeto de una serie de cuidados, de técnicas que le permitirán sobrevivir en la batalla, y, además, ganarla. Por lo tanto, la entrada de cuerpo a una serie de técnicas y medios que asegurarían su vida. Otro tanto ocurre en la escuela.

“Fue primero en los colegios y después en las escuelas secundarias donde vemos aparecer esos métodos disciplinarios donde los individuos son individualizados dentro de la multiplicidad. El colegio reúne decenas, centenas y a veces, millares de escolares y se trata entonces de ejercer sobre ellos un poder que será justamente mucho menos oneroso que el poder del preceptor que no puede existir sino entre alumno y maestro. Allí tenemos un maestro para decenas de discípulos y es necesario, a pesar de esa multiplicidad de alumnos que se logre una individualización del poder, un control permanente, una vigilancia en todos los instantes, así, la aparición de este personaje que todos aquellos que estudiaron en colegio conocen bien que es vigilante, que en la pirámide corresponde al suboficial del ejército; aparición también de las notas cuantitativas, de los exámenes, de los concursos, etc., posibilidades en consecuencia, de clasificar a los individuos de tal manera, que cada uno está exactamente en su lugar, bajo los ojos del maestro o en la clasificación- calificación o el juicio que hacemos sobre cada uno de ellos” (1991a, 4).

Por lo tanto, en las técnicas disciplinarias, nada de prohibición, o al menos, no se puede estudiar lo que fueron las relaciones de dominación que permiten la entrada de la vida al cálculo político-económico otorgándole al “Poder” aquello que sólo ocurre en sus efectos, que son los puntos fijos que asegurarían en última instancia la sujeción del individuo a prácticas cada vez más globales y por ello, con cálculos y medios que las vuelven, a las relaciones de dominación, inteligibles.

Ahora bien, como hemos adelantado, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, Foucault establece la introducción de lo que es el biopoder, y más específico, de la biopolítica. Se trataría de una “tecnología de poder que no excluye a la técnica disciplinaria sino que la engloba, la integra, la modifica parcialmente y, sobre todo, que la utilizará implantándose en cierto modo en ella, incrustándose, efectivamente, gracias a esta técnica disciplinaria previa” (2001, 219). Por lo que esta nueva tecnología de poder que ya no se dirige al cuerpo, si bien no posee el mismo fin que las técnicas disciplinarias, ni sus medios, sí se apoya en éstas en la medida en que ya ha logrado introducir en ciertas prácticas productivas al cuerpo vivo del individuo, logrando su movilización en distintos espacios, siendo objeto de los medios de control más detallados y sofisticados, como lo vimos en el ejemplo del ejército y de la escuela.

“Por lo tanto, tras un primer ejercicio del poder sobre el cuerpo que se produce en el modo de la individualización, tenemos un segundo ejercicio que no es individualizador sino masificador, por decirlo así, que no se dirige al hombre/cuerpo sino al hombre-especie. Luego de la *anatomopolítica* del cuerpo humano introducida durante el siglo XVIII, vemos aparecer, a finales de éste, algo que ya no es esa *anatomopolítica* sino lo que yo llamaría una *biopolítica* de la especie humana” (2001, 220).

Nuevos objetos a considerar hacen que las relaciones de poder fijen sus intereses en otras cuestiones que poco tienen que ver con el adiestramiento del cuerpo, de la carne del súbdito: la tasa de natalidad, la mortalidad, la hambruna, la longevidad, la demografía, los problemas de desplazamiento. Por lo tanto, nuevos procesos de control, o de *regulación* que tienen por objetivo la población, el hombre-especie y por medio de ésta, nuevos medios de dominación que obligan al poder a reinventarse, en la medida que el fin ya no es la jerarquización, sino la regulación; ya no es el adiestramiento, sino la gestión. Este nuevo objeto de la biopolítica hace entrar en juego una serie de factores con los que antes no se contaban para administrar el Estado. Aparece la medición estadística para dar cuenta con la nueva realidad que representan las poblaciones, dando paso a las primeras demografías (cfr. 2001, pág. 220). Y una de las principales características que trae consigo la población es el constante peligro de la muerte, que la invade a cada momento, ya sea por enfermedades, por hambrunas,

por las malas condiciones ambientales, etc. Por lo tanto, nuevas preocupaciones en las que lo que está en juego es la *vida* de la población, que debe ser asegurada, regulada, en la medida en que la vida de esta población ya ha sido introducida por las tecnologías disciplinarias, y que permiten mostrar que la eficacia de los nuevos gobiernos del siglo XVIII debe ser medida en la capacidad que tiene de mantener viva al hombre-especie, a la población, siempre y cuando entonces, la muerte sea desplazada a otros lugares, a otras no-especies, a los lugares no-productivos, como el hospital. O en caso de guerra, sea *por* la vida que se lucha, y ya no por el rey.

“Todo esto comienza a ser descubierto en el siglo XVIII. Se percibe que la relación de poder con el sujeto, o mejor, con el individuo no debe ser simplemente esa forma de sujeción que permite al poder recaudar bienes sobre el súbdito, riquezas y eventualmente su cuerpo y su sangre, sino que el poder se debe ejercer sobre los individuos en tanto constituyen una especie de entidad biológica que debe ser tomada en consideración si queremos precisamente utilizar esa población como máquina de producir todo, de producir riquezas, de producir bienes, de producir otros individuos, etc. El descubrimiento de la población es, al mismo tiempo que el descubrimiento del individuo y del cuerpo adiestrable, creo yo, otro núcleo tecnológico en torno al cual los procedimientos políticos de Occidente se transformaron” (1991a, 5).

Tenemos entonces, la importancia del cuerpo como realidad en la que se fijan determinados medios de control, que lo alienan en la fábrica, en la escuela, en el hospital, en el ejército, hasta en la familia. Luego, en la medida en que estos cuerpos pertenecen a una masa biológica, a una especie que como tal trae consigo una serie de peligros que deben ser regulados para mantener los medios de control que ya habrían sido asimilados en el hombre-cuerpo, en la anatomopolítica y que debían ser masificados por medios de nuevas técnicas y otras tecnologías, como en el ámbito de la salud, la arquitectura, los nuevos estudios con respecto a la estadística, la economía, y aquellas que pasan a ser los nuevos saberes que aseguran la sujeción de la especie biológica a unas prácticas que se las han de ver con un capitalismo que comienza a emerger y que por medio de estas nuevas tecnologías, aseguraría su entrada definitiva en la historia. Es importante hacer notar en este espacio que permite hacer entrar a la vida de la población en prácticas de normalización en tanto es una preocupación y un objetivo a ‘cuidar’ el rol que jugó el médico, la salud, la higienización del cuerpo en la

medida en que son éstos la materialidad que permite que la vida sea protegida, cuidada y regulada. Al respecto, Sadiel en su artículo *Lecturas de la biopolítica: Foucault, Agamben y Esposito* destaca la siguiente cita de *Historia de la medicalización*, conferencia dictada por Foucault en Brasil en 1974:

“el capitalismo, que se desenvuelve a fines del siglo xviii y comienzos del xix, socializó un primer objeto, que fue el cuerpo, en función de la fuerza productiva, de la fuerza laboral. *El control de la sociedad sobre los individuos no se opera simplemente por la conciencia o por la ideología sino que se ejerce en el cuerpo, con el cuerpo.* Para la sociedad capitalista lo importante era lo biológico, lo somático, lo corporal antes que nada. *El cuerpo es una realidad biopolítica; la medicina es una estrategia biopolítica*” (2013, 89).

Por lo tanto, tenemos la introducción de dos nuevas tecnologías de poder que difieren en sus objetivos, medios y técnicas del viejo poder soberano; estas serían el poder disciplinario y la biopolítica. Ambas con sus determinados medios, asegurarían la entrada de la vida al umbral de la economía política y por ello, no podrá funcionar por medio del derecho, por la ley, sino por otros mecanismos que permitan la normalización de los medios de control de la vida, dejando relegado el viejo derecho de hacer morir y dejar vivir, para ser ahora el hacer vivir y dejar morir el paradigma que permite la validación de ciertas prácticas que sujetan a los individuos, en tanto hombres-cuerpos, y en tanto hombre-especie⁵.

Ahora bien, ¿qué tiene de específico el bio-poder que no posea el poder soberano? ¿cómo funciona el primero que permite realizar una diferenciación en cuanto al análisis del poder, que lo distingue del segundo?

Edgardo Castro nos afirma lo siguiente;

“En primer lugar, el dispositivo biopolítico no funciona del mismo modo en que funciona la ley. La biopolítica no se apropia de la vida <<para suprimirla>> (1976; 179),

⁵ Esto no significa que la ley o los ‘aparatos’ judiciales hayan perdido su importancia como instrumentos de normalización o regulación. Lo que busca destacar Foucault es el hecho de que ya no pase exclusivamente en estas instancias el ejercicio del poder, sino que su funcionamiento *positivo* ocurre en las prácticas que sujetan al individuo a medios de control que aseguren y fortalezcan su vida, haciéndola más productiva, normalizando estos medios de control en otras instancias que no se agotan al ejercicio del rey ni de la ley.

sino para administrarla en términos regulatorios. No se trata de <<hacer jugar la muerte en el campo de la soberanía, sino de distribuir lo viviente en un dominio de valor y de utilidad>> (ídem, 189). En este sentido, la biopolítica no nos revela el arcano del derecho soberano; instauro, más bien, una forma diferente de ejercicio del poder” (2011, 53)⁶.

Es decir, que la *biopolítica*, esta forma del poder que consta de administrar, regularizar, gestionar al nuevo sujeto/objeto político-económico que es la *población*, funciona de una manera totalmente distinta a la forma del poder *soberano*. Mientras éste asegura su poder suprimiendo la vida, dándole la muerte según lo dictamine el soberano, el rey, el primero-el bio-poder- hacer entrar a la *vida* como preocupación política y por ello, debe asegurar su desarrollo en la ciudad. Para ello, en vez de representar el “brillo del poder” por medio de la muerte de los súbditos, ahora el poder se preocupará no solo del cuerpo, de adiestrarlo, controlarlo, sino también de los peligros que trae consigo estos cuerpos, entendidos ahora como cuerpos-especies. Es decir: la vida en el umbral biológico moderno. Por ello, si antes en el poder soberano el *derecho* era la piedra angular que sostenía toda manifestación del poder, ahora van a ser las ciencias especializadas como la medicina, la estadística, la geografía, la demografía, el control de la natalidad y la mortalidad, el problema de la hambruna, la *circulación* no solo de bienes, sino de los cuerpos vivientes al interior del Estado las preocupaciones que harán posible la introducción de una nueva forma de entender el poder. Primero por medio de las disciplinas, del anátomo-poder a principios del XVIII, luego, la bio-política en la segunda mitad del siglo XVIII. Por ello, como se mencionó ya más arriba, el poder soberano se distingue del bio-poder en tanto que su objetivo, que hace funcionar sus determinados medios y tácticas, son distinguibles: el primero funciona según el paradigma *hacer morir*, *dejar vivir*; el segundo se representa en tanto *hace vivir*, *deja morir*. En este mismo contexto, continúa afirmando Castro lo siguiente:

⁶ Aquí las citas a *Historia de la sexualidad Vol.1 La voluntad de saber* que ocupa el autor son dejadas intactas para no alterar la redacción de la cita. La edición que utilizó el autor que menciona en su bibliografía: *Histoire de la sexualité I. La Volonté de savoir*, Gallimamrd, París. [Traducción castellana de Ulises Guñazú: *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.]

“Pero, en segundo lugar y por la misma razón, por la especificidad de la biopolítica, tampoco la soberanía nos revela la esencia de esta. La formación del biopoder, el poder de administrar la vida, ha modificado el ejercicio del poder soberano de hacer morir: <<las guerras no se llevan a cabo en nombre del soberano que hay que defender>>, los genocidios no son <<un retorno hoy del viejo derecho de matar>> (ídem, 180). Las guerras y los genocidios se hacen en nombre de la vida biológica. Por ello, <<las masacres se han vuelto [literalmente] vitales>> (ídem, 180)” (2011, 54)⁷.

En el orden del biopoder, en donde pareciera que la vida, su entrada al cálculo político y económico, hace retroceder al poder soberano, al viejo derecho de hacer morir, la muerte hace tambalear los principios bajo los cuales se movería y se representaría este poder. Si el biopoder consta como hemos visto, en asegurar la vida, ¿cómo se explica entonces la muerte, la conquista, la colonización por parte de Estados que tienen por objetivo hacer prevalecer la vida, y no suprimirla? ¿cómo se logra inscribir la muerte en la nueva economía de la vida? Al respecto, Castro señala lo siguiente:

“A pesar de esta paradoja y de este desequilibrio [el de un poder que se encargaría de su “población” en el momento que le da su muerte, los *hace* morir], Foucault observa que la importancia política que comienza a tener la vida a partir del siglo XVII puede ser analizada en los debates de la época acerca del fundamento filosófico-jurídico [Hobbes]. La cuestión planteada en estos debates es, en efecto, la de determinar si la vida puede o no ser objeto del pacto que da origen a la soberanía. Pero su interés, aclara, no es estudiar esta creciente importancia de la vida a nivel de la teoría política, sino los mecanismos y las técnicas específicos y efectivos con que ella ha sido investida (cf. 1997: 215)” (2011, 57)⁸.

Ahora bien, ¿acaso estas técnicas, estos medios tienen por fin el saber cómo introducir la muerte, la economía de la muerte, al campo de la vida biológica, y con ello, inscribir la soberanía, la ley, el derecho y la norma en una nueva forma de poder que tiene por objetivo el de administrar la vida, es decir, en el biopoder? De ser así, ¿qué permite que

⁷ Al igual que la cita anterior, hemos dejado intacta las citas que el autor utiliza de la obra de Foucault. Véase cita anterior (nota 6, pág. 38)

⁸ Al igual que en la cita anterior, dejamos aquí la edición que ocupa el autor de *Defender la sociedad*, que dejamos de la misma manera para respetar la compaginación de la cita: <<*Il faut défendre la société*>>. *Cours au Collège de France, 1975-1976*, Gallimard-Seuil, París. [Traducción castellana de Horacio Pons: *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France 1975-1976*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.]

se acepte la *muerte*, en una época en donde se comprende las relaciones de poder asegurarían la vida y no la pondría en peligro? Es Foucault, citado por Edgardo Castro, quien responde al respecto lo siguiente:

“[...] el racismo, creo, asegura la función de muerte en la economía del biopoder, según el principio que la muerte de los otros es el fortalecimiento biológico de sí mismo, en la medida en que se es miembro de una raza o de una población, en la medida en que se es miembro de una pluralidad unitaria y viviente. [...] La especificidad del racismo moderno, lo que constituye su especificidad no está ligado a las mentalidades, a las ideologías, a las mentiras del poder. Es lo que está ligado a la técnica del poder, a la tecnología del poder” (2011, 58).

En otras palabras: la defensa por la raza buena, por la raza que se constituye en el pacto social, la que queda al interior de los bordes del Estado moderno será la raza a defender, y para ello, la muerte de la otra raza, de los enfermos, de los locos, de todo aquello que sea un peligro para la vida misma de la “pluralidad unitaria”, será vista desde Foucault como parte de la misma técnica del poder que se encargaría de administrar y gestionar la vida biológica. Castro afirma lo siguiente:

“En otros términos, el viejo derecho soberano de poder matar necesita ahora ser justificado y ejercido biológicamente. Ya no es la supresión del enemigo político lo que está en juego en esta nueva fisiología del poder de muerte del Estado, sino la eliminación de la amenaza biológica, de la degradación, de lo anormal” (2011, 58).

Y otro tanto tiene que decir al respecto Foucault, cuando señala que

“La muerte del otro no es simplemente mi vida, considerada como mi seguridad personal; la muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal), es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana; más sana y más pura” (2001, 231).

Con esto, el poder soberano logra inscribirse sin desaparecer por completo en el orden del biopoder, por medio del racismo, asegurando la re-inscripción de la muerte en un momento de la historia en la que el poder, o en todo caso, los poderes debían vérselas con prácticas que aseguraran la vida en vez de ponerla en peligro: esta paradoja

pareciera en realidad, no poseer nada de paradójico. Que la muerte del pasado, del salvaje, o en todo caso, de lo no-civilizado logre ser aun en nuestros días lo que asegura la vida de la buena raza, permite leer lo que hay del viejo derecho soberano de hacer morir en clave de biopoder. En otras palabras: para asegurar la vida, la muerte del otro, de la vida que debe perecer, es necesaria. Por ello, el biopoder asegura su funcionamiento por medio de la muerte, de la conquista, de la colonización, y no por enaltecer al cuerpo-hombre, ni al hombre-especie, sino que estos objetivos tienen por fin enmascarar, silenciar, normalizar aquello de lo que el poder se quiere desentender, o al menos, desplazarlo como medios útiles que siempre están allí para asegurar la vida de la población.

Así como la modernización a partir del siglo XVIII necesita de cuerpos que mantengan las máquinas que traen consigo proceso, evolución, desarrollo y civilización, el biopoder a finales de éste siglo permite hacer entrar la peligrosidad de la población al cálculo político-económico, permitiendo con ello la sujeción de toda la masa estatal a nuevas prácticas en la que la colonización sea también vista como el proceso a defender, como un desarrollo que no puede detenerse, en pos de asegurar la vida de la población, o en todo caso, de permitir siempre mantener fijas ciertas relaciones de dominación, como el derecho, que aun en el siglo XVIII con la introducción de las nuevas formas de poder, continuó siendo la práctica por la cual se habría de validar la vida en sociedad.

Por lo tanto, a modo de conclusión de este primer capítulo, vemos que el análisis del poder en Foucault no puede partir desde los elementos clásicos por los que ha sido estudiado: de esta manera, el Estado, el derecho, la ley, son efectos y no puntos de partidas; pertenecen a cálculos de gobierno, de la política y la economía, y no a esencias de la historia y que a partir de ellas devengan una serie de prácticas que no hacen otra cosa sino justificarlas. En cambio, el análisis de Foucault en términos de estrategia, de técnicas, de medios y fines, vemos cómo lo que ocurrió en las sociedades occidentales, en especial en Francia de los siglos XVII-XVIII-XIX, las formas en las que se conciben las relaciones de poder mutan, se transforman, dando paso a nuevas tecnologías que no pueden reducirse a la forma del derecho, al imperio de la ley, a la divinidad en la tierra,

al rey. Por el contrario, nuevos conceptos entran ahora en juego: el cuerpo, la carne, deben ser ahora protegidos, para su adiestración, su jerarquización, educación, economización, en fin: entran ahora en juego una serie de medios de control de los cuales se hace la burguesía con el fin de introducir mecanismos disciplinarios al cuerpo. Fijan en él una serie de movimientos materiales, los acomodan en espacios reducidos para su individualización, su clasificación y con ello, crear todo un historial de vigilancia alrededor de éstos con el fin de explotarlos eficientemente. Luego, a finales del siglo XVIII, nueva re-inención del poder: no se puede agotar exclusivamente a los cuerpos, éstos no son átomos que se mueven dispersos en el interior de la ciudad, sino que pertenecen a una masa biológica que busca, o así se le concibe, introducirse en la historia como un nuevo sujeto político. Este nuevo sujeto es la población, y por ésta transcurren una serie de prácticas que tienen que ver con la prolongación de la vida en conjunto. Se necesitan nuevos conocimientos, nuevas prácticas que estudien a esta población, que la haga aparecer en la ciudad y que al igual que los mecanismos disciplinarios, logran una eficiente maximización no tan solo del trabajo, sino de todas aquellas prácticas que normalicen la gestión de la vida, sana y buena.

En el siguiente capítulo, entramos de lleno a la problematización de la biopolítica en la obra de Michel Foucault. ¿esta población, este nuevo objeto del biopoder, emerge en la historia por consecuencia propia de las relaciones de poder, algo así como de forma natural, o acaso tiene también su propia historia, su propia genealogía que la vincularía con las nuevas tecnologías, mecanismos del poder y que por lo tanto, su aparición más que ser una emergencia histórica, corresponde al resultado de una serie de prácticas, de *racionalidades* que la conjuran en tanto su obligación, su fin es justamente, crear condiciones en las que el individuo se apropie de su libertad en tano sujeto-cuerpo-individualizado y en tanto sujeto-especie-población?¿esta racionalidad que la hace aparecer, es otra que la política, que la económica, o hay que reconocer que no se trata de estas relaciones de dominación, sino otro tipo de relación y que su genealogía, su rastreo en la historia permitiría ver cómo quedan ancladas a ellas prácticas en las que el control, la sujeción, la individualización, la normalización, la gestión y regulación, no son otra cosa sino que medios, causas, efectos y técnicas en las que el poder se revela

siempre como aquella relación en dominación y se cubre, por su inteligibilidad, en otras prácticas en donde la vida aparece como lo que siempre se debe resguardar?

Segundo capítulo

El biopoder y las racionalidades políticas: nuevos enfoques en el trabajo genealógico de Foucault.

Si en el capítulo anterior el biopoder aparece como el revés de un modelo soberano-jurídico el cual tiene por fin hacer morir, dejar vivir, en las siguientes páginas estudiaremos nuevos elementos que proveen al biopoder de un contexto político que no habría sido analizado por Foucault en el 'modelo bélico'. Como adelantamos, el biopoder en el modelo bélico nace a partir de la necesidad de dar cabida a la vida en un modelo donde la muerte es siempre el medio por el cual *la vida biológica* puede ser defendida, y definida como fin, como objetivo de todas las relaciones de poder que se dan dentro de un Estado. De esta manera, la aparición de la población, del sujeto-especie al cual apuntarían las nuevas técnicas de poder-saber se debe menos a un cálculo racional, *necesario*, que a una serie de relaciones de dominación que se desencadenan, que se reproducen por efecto de una guerra que no se dejaría de perpetuar, y que encontraría en la política un medio para seguir actuando y controlando, modificando y produciendo relaciones de sujeción para mantener la relación de dominados/dominadores.

¿Qué permite el cambio de enfoque para afirmar la aparición de la población como nuevo sujeto a controlar? ¿cómo, por qué medios, por qué dispositivos el poder hace aparecer un nuevo sujeto susceptible a nuevas técnicas de dominación, y, por lo tanto,

bajo qué saberes se comienza a producir la necesidad de este sujeto? ¿por qué el modelo bélico no basta para construir un análisis de lo que ha sido el desarrollo 'del poder' en occidente? Si ya no es la guerra el principio que permitirá estudiar en la historia las técnicas, los medios de control, ¿qué tipo de relación nos permite estudiar la sujeción del individuo a técnicas eficaces de control? ¿qué vuelve necesaria a la población y que permite poner a la 'vida' de ésta como centro de todas las relaciones de poder?

Lo primero que podemos afirmar es lo siguiente: lo que entra a analizar Foucault en su curso del 78' (*Seguridad, territorio y población*) sigue siendo la 'biopolítica', el biopoder. Pero ya no en términos de guerra, no bajo el modelo *hacer vivir*, dejar morir. El biopoder no puede ser analizado en los dispositivos de sexualidad exclusivamente; su positividad no se agota en este espacio. Desde los siglos XVII-XVIII las relaciones de dominación no se conforman con reclamar la vida biológica como el último fin y con ello, apuntar todos sus medios e instrumentos al cuerpo que debe ser controlado y adiestrado; tampoco a las relaciones de carácter biológico que se dan a nivel de población, y que justifica la muerte como medio para fortalecer la vida de la raza civilizada. El estudio de Foucault se desplaza hacia otros sectores, otras relaciones que de igual manera ponen en juego la forma del biopoder. ¿hacia dónde se moviliza el análisis? Se moviliza hacia la 'seguridad', hacia los mecanismos que permiten seguir estableciendo relaciones de soberanía y de disciplinas en una época donde el poder se las debe haber más hacia un fin que protege la vida, y menos a un espectacular poder de muerte. Los mecanismos de seguridad, entonces, se dirigen hacia una población, y no hacia un cuerpo como la disciplina, y menos a una cantidad de súbditos como lo eran los mecanismos de la soberanía.

Luego de mencionar los rasgos generales de los dispositivos de seguridad (los espacios de seguridad, el tratamiento aleatorio, la normalización específica de la seguridad que sería distinta al modo de normalización de las disciplinas), Foucault llega a la relación entre población y seguridad.

“Y por último, llegar a lo que va a ser el problema preciso de este año, la correlación entre la técnica de seguridad y la población, como objeto y sujeto a la vez de esos mecanismos de seguridad, vale decir, el surgimiento no sólo de la noción sino de la

realidad de la población. En el fondo, se trata de una idea y una realidad absolutamente modernas con respecto al funcionamiento político, sin duda, pero también con respecto al saber y la teoría política anteriores al siglo XVIII” (2006, 27).

La población como un sujeto propio de la modernidad, pero también, conjurado a aparecer por nuevas formas de dirigir la política, de gobernar las nuevas formas de organización de las sociedades: los Estados modernos. La población, entonces, como el sujeto que el saber político y económico del siglo XVIII deberá tener en cuenta para llevar a cabo un buen gobierno, y cada vez más generar espacios de seguridad para que ésta aparezca sin el temor de desaparecer, sin los problemas que la soberanía jurídica y disciplinaria no supieron abarcar.

Ahora bien, no se trata de que antes del siglo XVIII la población no existiera. Sus problemas siempre fueron de preocupación para el control del territorio, de las ciudades, de los espacios de comercio. Para afirmar esto, Foucault recurre a un ejemplo de tres tiempos (mecanismos de soberanía, disciplinares y securitarios), para representar cómo se piensa el problema de la población con respecto a la espacialidad en la que se mueve, es decir, en *la ciudad*. El primer ejemplo es *La Métropole* del siglo XVII de Le Maître, “ingeniero general del elector de Brandemburgo” (Foucault, 2006, 29). Aquí la ciudad es pensada en términos de soberanía.

“[...] En el fondo, para Le Maître la cuestión pasa –y la idea es a la vez antigua, porque se trata de la soberanía, y moderna, porque se trata de la circulación- por la superposición del Estado soberano, el Estado territorial y el Estado comercial. [...] cómo consolidar un Estado bien capitalizado, vale decir bien organizado en torno de una capital, sede de la soberanía y punto central de circulación política y comercial” (2006, 32).

Es decir, que pensar el problema de la circulación de las personas dentro de la capital del Estado en términos de soberanía, lleva a Le Maître a idear una ciudad con una capital bien fortalecida, capaz de dictar desde el centro hacia el resto del territorio las leyes que los súbditos deben obedecer. El Estado entonces, siempre bajo la figura del soberano que controla el territorio y todo lo que circula en él. Por lo tanto, desde la soberanía hay un esfuerzo por hacer aparecer a la población dentro de los límites del

Estado, pero al estar sujetas las relaciones de dominación al régimen del soberano, la 'seguridad' de lo que ocurre dentro del territorio no es aun pensada como fin de quien gobierna. Lo que importa es la capital fuerte, capaz de repartir leyes y productos hacia el exterior de ésta.

Luego;

“Voy a tomar un ejemplo de Francia, cuando se construyeron toda una serie de ciudades artificiales, algunas, como les decía, en el norte de Europa y otras aquí, en Francia, en la época de Luis XIII y Luis XIV. [...] ¿Y cómo la construían? Pues bien, se apelaba a la famosa forma del campamento romano, que en esos tiempos acababa de volver a utilizarse dentro de la institución militar como instrumento fundamental de la disciplina” (2006, 33).

Este modelo disciplinario se refiere a una serie de controles espaciales: espacios bien definidos, demarcados, entre los sectores del comercio donde circularían los bienes del Estado, otro espacio para las viviendas de comerciantes, de la nobleza, de la policía. Otros sectores destinados para los vagabundos, para los que no pueden trabajar, para los enfermos. En fin: una serie de reglamentaciones que tienen que ver más con una distribución espacial de tipo militar, disciplinaria, cuadrículada, para forzar movimientos, para ejercer la norma, la regla de lo normal, de lo permitido, y excluir lo que se quiere evitar, desplazarlos a lugares no deseados. Y, aun así, siempre vigilados, controlados. “Ahora se trata de arquitecturar un espacio. La disciplina es del orden de la construcción (construcción en sentido lato)” (2006, 36).

Por último, la ciudad en los dispositivos securitarios. Foucault pone de ejemplo la ciudad de Nantes. “[...] Y el problema de Nantes es desde luego éste: eliminar los amontonamientos, dar cabida a las nuevas funciones económicas y administrativas, regular las relaciones con el campo circundante y, por último, prever el crecimiento” (2006, 36). ¿qué aspectos debía velar la construcción de la ciudad? Debía velar por la higiene, por lo que las calles debían ser anchas, amplias para la ventilación. También debían serlo para la circulación fácil de los productos que venían desde todas partes del territorio: permitir entonces, la entrada de una gran cantidad de gente y productos. Se incrementa entonces la vigilancia, que debe controlar la población que comienza a

ingresar a las ciudades que ya no están amuralladas, sino que lentamente comienzan a ser concebidas como un espacio abierto para la circulación de los bienes y de los ciudadanos, de los campesinos, de los enfermos, de los vagabundos, etc. Y esta apertura de la ciudad, de sus calles, de la circulación de los productos y de la 'población' traen consigo problemas, nuevas interrogantes que antes no podían ser formuladas debido a la incompetencia del poder para hacerse de nuevos objetivos, y con esto, de hacer más eficaz, más seguro su ejercicio de control. En efecto, se pregunta Foucault: "¿Se podría administrar bien una ciudad cuya extensión era tan grande? ¿Se mantendría la buena circulación, visto que la ciudad iba a extenderse longitudinalmente de manera indefinida?" (2006, 38). Estas preguntas llevan a una reinención del poder en cuanto su distribución, en cuanto qué técnicas, qué medios van a ser necesarios aprehender para hacer frente a los nuevos fenómenos de urbanización, de ampliación de las ciudades, del ingreso de la población en gran cantidad de número al interior de las ciudades. Y esta reinención del poder se da en lo que Foucault entiende por dispositivo. Para Foucault, un dispositivo es

"[...] un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales y filantrópicas; en resumen; los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos." (1991b, 128).

No es solo la sumatoria de elementos heterogéneos, sino su capacidad de actualización según la función que los agrupa. Es decir, sin importar cuantos sean los elementos que entran en juego en un dispositivo, lo importante es que éstos funcionan según cierta racionalidad que los une y le da coherencia, siempre y cuando estos elementos sean capaces de actualizarse según la razón que los dirige, que los hace enfrentarse.

Por ello, al momento de plantear los nuevos problemas de la ciudad, será por medio de los dispositivos de seguridad que la población comienza a adquirir su materialidad histórica, su correlato material. Debido a que la ciudad comienza a considerar elementos que antes le eran ajenos o, al menos, no centrales para la realización del

poder del soberano, es que comienza a necesitar de otros elementos, como la concientización de la buena higiene, el qué producto importar a las ciudades, con qué frecuencia, en qué cantidad, en qué época es favorable. Toda una serie de elementos que serán indisociables a las prácticas de arquitectura moderna, que deberán tener en cuenta estos cambios que la racionalidad política cada vez más recoge para sí misma, para sus saberes y técnicas de gobierno, de dominación. En todo caso, para las ciudades que se piensan, para Foucault, en términos de *seguridad*,

“Se trata simplemente de maximizar los elementos positivos, que se circule lo mejor posible, y minimizar, al contrario, los aspectos riesgosos e inconvenientes como el robo, las enfermedades, sin desconocer, por supuesto, que jamás se los suprimirá del todo. [...] Como jamás se las puede anular, se trabajará sobre probabilidades” (2006, 39).

En efecto, lo que caracteriza al dispositivo de seguridad es que ‘deja pasar’ una serie de datos materiales que no pueden ser controlados, o, mejor dicho, evitados. Las enfermedades se considerarán como un dato ‘natural’ de la población, y, por lo tanto, trabajará sobre ella no para evitarla, sino para regularla, administrarla en datos que se haga aceptable su existencia al interior de las ciudades. Sigue afirmando Foucault que “la seguridad tratará de acondicionar un medio en función de acontecimientos o de series de acontecimientos o elementos posibles, series que será preciso regularizar en un marco polivalente y transformable” (2006, 40).

Acondicionar un medio considerando las posibilidades de riesgo; tal es la función primordial y que caracterizará a los mecanismos de seguridad, a diferencia de los de la soberanía y la disciplina. La noción de ‘medio’ es analizada por Foucault en tanto éste es el espacio que los mecanismos securitarios acondicionan para la población y todo lo inherente a ella, la circulación de bienes, de enfermedades, de elementos no deseados; el medio es “lo necesario para explicar la acción a distancia de un cuerpo sobre otro”. El medio entonces, afectará a una “multiplicidad de individuos que están y sólo existen profunda, esencial, biológicamente ligados a la materialidad dentro de la cual existen” (2006, 42).

Por lo tanto, esta gestión de series abiertas y el cálculo de probabilidades no pueden tener como objeto el sujeto del derecho o el cuerpo del disciplinado, sino que debe afectar a las condiciones de existencia de una población, a las condiciones que unen a sujetos biológicamente en un medio artificial gobernado con fines políticos-económicos. Es decir, que la tarea principal de los dispositivos de seguridad para la construcción de las ciudades es modificar el medio ambiente, es modificar las condiciones en las que vive el sujeto para poder crear ciertos márgenes de aceptabilidad y a partir de allí, el sujeto devendrá en sujeto que se sabe libre, capaz de ejercer actividades económicas que favorezcan al fortalecimiento del Estado, sin verse afectado éste en su particularidad. En otras palabras: no se busca intervenir la conducta del sujeto, sino sus condiciones de conducta.

“La producción-nos dice Castro-Gómez- técnica de ese "medio", a través de un conjunto de intervenciones arquitectónicas, urbanísticas y sanitarias sobre el espacio, no es otra cosa que el intento de *gobernar* una multiplicidad de individuos conforme a tecnologías que los unen de acuerdo a variables biológicas (natalidad, mortalidad, salud, potencia de trabajo, etc.)” (2010, 74).

Es decir, la biopolítica entra en escena como una serie de técnicas dirigidas a sujetos que deben vivir biológicamente en un medio artificial político y económico. “El *medio ambiente (milieu)* se convierte así en un espacio de intervención que busca modificar las determinantes biológicas de la especie con el fin de conducir la conducta de los gobernados” (2010, 74).

Hasta aquí el análisis de las ciudades y su construcción pensadas desde la necesidad de introducir los mecanismos de seguridad. Como vemos, lo que cambia con respecto a los modelos anteriores, es la apertura de la ciudad a series indefinidas, series que no se pueden controlar directamente, sino que se actúa sobre el medio, sobre lo que rodea estas series y así, lograr una regulación interna y ‘natural’ de las relaciones de poder.

Ahora bien, ¿qué otro elemento debe tomar en cuenta los dispositivos de seguridad y que permitirá el ingreso de la población al interior de las prácticas del gobierno, que se dan ahora bajo la figura del Estado? Ese elemento es sin duda la *economía*, la relación

de los sujetos con los productos, con su distribución en el territorio, con su comercialización. ¿en qué se debe fijar el poder para lograr un medio en la que la circulación, al igual que en las ciudades, pase abiertamente, se le deje fluir con toda 'naturalidad'? Serán los fisiócratas quienes se hacen de un conocimiento científico-económico tal, que entenderán el problema de la escasez no como un mal que se debe evitar reglamentando la circulación de los bienes, como pudo suceder bajo el modelo de la disciplina, que en su funcionamiento restringe, obliga los movimientos *normales*, y por ello, no 'deja pasar' los elementos indeseables, sino que los busca evitar reglamentado todo.

“Antes bien –nos dice Foucault-, Abeille y los fisiócratas y los teóricos de la economía del siglo XVIII intentan obtener un dispositivo que, conectado a la realidad misma de esas oscilaciones, haga, por medio de una serie de vinculaciones con otros elementos de la realidad, que ese fenómeno, sin perder en cierto modo nada de su realidad, sin verse ante ningún impedimento, quede poco a poco compensado, frenado y limitado y, en última instancia, anulado. En otras palabras, hay un trabajo sobre el elemento mismo de esa realidad que es la oscilación abundancia/escasez, carestía/baratura, y al intervenir en ella pero sin tratar de impedirla por anticipado, se introducirá un dispositivo que es precisamente, me parece, un dispositivo de seguridad y ya no un sistema jurídico disciplinario” (2006, 57).

En consecuencia, se comienza a plantear el problema de la escasez no tanto como un bien ni como un mal, sino como un acontecimiento que es propio de la realidad de las poblaciones en su interacción con el medio artificial en el que se organizan. Por ello, no se busca evitar ésta por medio de fuertes reglamentos, sino que se pone como objetivo el motivar a la circulación del alimento –el grano en el análisis de Foucault- para que su regulación del precio, y de la cantidad, se realice en el mismo mercado, la cual se produce justamente por el 'dejar pasar' grandes cantidades de granos, activando el mercado interno y externo, las importaciones y exportaciones. Y si existe una gran cantidad de grano en el mercado, los precios tenderán a la baja, y la escasez se habría evitado. Luego, que los precios sean altos, motivará también tanto al campesinado como a los extranjeros a importar y exportar sus productos, y con ello nuevamente, evitando la escasez aun antes de su aparición, pero no por las prohibiciones, por las reglamentaciones de distribución, sino por la apertura del mercado que terminará por

regular de tal manera la compra y venta de grano, que la escasez se puede evitar allí mismo donde amenaza con darse.

“Ahora, se acabó la escasez en el nivel de la población. Pero ¿qué quiere decir eso? Quiere decir que la escasez se frena en virtud de cierto “dejar hacer”, cierto “dejar pasar”, cierta “permisividad”, en el sentido de “dejar que las cosas caminen”. [...] De ese modo ya no habrá escasez en general, con la condición de que para toda una serie de gente, en toda una serie de mercados, haya cierta escasez, cierta carestía, cierta dificultad para comprar trigo y por consiguiente cierta hambre; después de todo, viene puede ser que algunos se mueran de hambre” (2006, 62).

Comienza a aparecer la población como el conjunto de, no sólo la suma de individuos, sino de relaciones que son susceptibles de control a distancia, de relaciones como las que describen los fisiócratas de ‘naturales’. Es más, “La multiplicidad de los individuos ya no es pertinente; la población sí” (2006, 63). Es decir: bien puede ser que ocurra la escasez, pero ésta jamás terminará por matar de hambre a toda la población; de ocurrir, siempre será localizada, de suerte que la muerte le llega a quienes se vean afectados por las condiciones en las que se da ésta. Por lo tanto, en tanto forma de gobierno, el Estado nunca se quedará completamente vacío, sin individuos que gobernar, sino que la población es lo que sobrevive, la que permite que la escasez entre como una relación ‘natural’ que se da en un momento breve, que será regularizada por la libre circulación, por las exportaciones e importaciones que no dejarán de suceder.

“El objetivo final será la población. La población es pertinente como objetivo y los individuos (...) por su parte, no van a serlo como objetivo. Lo serán sencillamente como instrumento, relevo o condición para obtener algo en el plano de la población” (2006, 63).

La población como objetivo a controlar, a gobernar; la población como un elemento que se diferencia de la multiplicidad de los individuos en cuanto que éstos son el elemento al cual se gobierna a la distancia, es el sujeto/objeto de la política económica que deja de lado su función de disciplinar, de cuadrricular, de ejercer el poder en el cuerpo del individuo por medio de normas. La población como el sujeto que circula en las ciudades, en el campo, que cosecha, que se enferma, que vive. La vida de esta población comienza

a ser el objetivo de la política de gobierno, y ésta, la población, no implica la totalidad de los individuos que se gobierna: como se mencionó anteriormente, bien puede suceder que parte de ésta muera, puesto que nunca lo hará la totalidad. El concepto entonces, sirve para fijar una serie de medidas de control y de dominación 'a distancia' que va a permitir el fortalecimiento de prácticas que se verán luego, en el Estado, normalizadas, según la *racionalidad* que las pone en funcionamiento.

“De tal suerte llegamos, creo, a un punto que es esencial y en el cual están comprometidos todo el pensamiento y toda la organización de las sociedades políticas modernas, la idea de que la política no debe extender hasta el comportamiento de los hombres el conjunto de reglas que son las impuestas por Dios al hombre o resultan necesarias por la mera existencia de su mala índole. La política tiene que actuar en el elemento de una realidad que los fisiócratas llaman precisamente física; y a cause de ello éstos van a decir que la política es una física, la economía es una física” (2006, 69).

Es decir, el poder comienza a situar sus fines en la materia misma, en la realidad 'natural' a controlar, y no en relaciones de analogía que se darían en forma jerárquica desde dios hasta los hombres, pasando por el rey, el soberano, la ciudad amurallada, la capital que distribuye sus leyes y los bienes desde el centro, desde el poderoso que gobierna. El poder se hace cada vez más material. O al menos, sus medios comienzan a presentar unas nuevas formas de relacionarse con la realidad; el medio comienza a ser el objetivo a modificar para lograr *conducir* la población.

Como vemos, cada vez es menos la guerra la que produce la aparición de la población, de este nuevo sujeto/objeto que el biopoder habría conjurado para sus fines bélicos de dominación. Lo que aparece ahora son una serie de relaciones políticas, económicas, arquitectónicas, agrupadas todas en dispositivos de seguridad dotados de fines políticos que harían aparecer este 'dato natural' que es la población. Insiste en esto Foucault cuando afirma que de lo que se trata es

“ya no fijar y marcar el territorio, sino dejar fluir las circulaciones, controlarlas, seleccionar las buenas y las malas, permitir que la cosa se mueva siempre, se desplace sin cesar, vaya perpetuamente de un punto a otro, pero de manera tal que los peligros inherentes a esa circulación queden anulados. Ya no la seguridad del príncipe y su territorio, sino la seguridad de la población y, por consiguiente, de quienes la gobiernan” (2006, 86).

Todo un cambio de paradigma político que se ve sustentado por la necesidad de la aparición del sujeto-población-especie que circula ahora en masa dentro de los límites del Estado. El control no puede ser el del detalle, sino que estos ‘detalles’ de la vida cotidiana se vuelven primordiales dejarlos pasar, dejarlos hacer, no completamente, pero si en la medida en que sean regulados, normalizados, para hacer cumplir los fines políticos-económicos, y así poner en movimiento una serie de relaciones de dominación que son justificadas ahora por la racionalidad del gobierno, de la seguridad de la vida. La población entonces como el elemento ‘natural’ el cual se puede regularizar, se puede modificar según cómo se afecte al medio en que se desarrolla la población.

“La población es un dato dependiente de toda una serie de variables que le impiden, entonces, ser transparente a la acción del soberano, o hacen que la relación entre una y otro no puede ser del mero orden de la obediencia o el rechazo de la obediencia, la obediencia o la revuelta.[...] la naturalidad que se advierte en el hecho de que la población sea permanentemente accesible a agente y técnicas de transformación ,siempre que esos agentes y esas técnicas sean a la vez ilustrados, meditados, analíticos, calculados y calculadores. Es preciso, desde luego, tomar en cuenta no sólo el cambio voluntario de las leyes si éstas son desfavorables a la población. Lo necesario, si se pretende favorecerla o lograr que mantenga una relación justa con los recursos y las posibilidades de un Estado, es ante todo actuar sobre una multitud de factores, elementos que en apariencia están lejos de la población misma y su comportamiento inmediato, lejos de su fertilidad, de su voluntad de reproducción” (2006, 94-95).

Nos encontramos, entonces, con nuevos campos de análisis en el que el poder se presenta a sí mismo como controlador de un medio, de un espacio en que no se obliga de inmediato a los cuerpos a ciertos movimientos, sino que la configuración del medio por acción indirecta resulta una eficaz manera de gobernar. Por lo tanto, si antes se buscaba qué hay de diferente con respecto a la soberanía en términos de cómo la vida entra al juego de las relaciones de poder, ahora será en términos de gobierno la pregunta por la vida; los medios que se utilizan para ingresarla al campo de control político tienen su posibilidad en la capacidad de gobierno que posee el poder, en la capacidad de dirigir la conducta de los gobernados a fines dictados por quienes los gobiernan. Siempre será entonces por medio de una racionalidad política por la que se logre conjurar una serie de técnicas, de medios, de instrumentos y de fines; será una

racionalidad política la que le da sentido las apariciones de nuevos sujetos en la historia, tal como lo es la población en el siglo XVIII. Su aparición no responde exclusivamente a las limitaciones que el poder tenía consigo mismo para funcionar según esquemas fijos, como lo eran la soberanía, la disciplina y la biopolítica. Estas formas del poder responden a estrategias políticas de gobierno, que hacen a su vez funcionar las prácticas históricas que van sujetando cierto tipo de individuo y de comunidad que permita continuar con el desarrollo del arte de gobernar.

Encontramos aquí una nueva diferenciación que se hace entre la soberanía y, ya no biopoder, sino con el 'gobierno'. "El soberano, para ser un buen soberano, siempre debe proponerse un fin, es decir, señalan regularmente los textos, el bien común y la salvación de todos" (2006, 124). La soberanía se sustenta por la mera obediencia a sí misma, sin la necesidad de otro fin más que obedecer, por medio de la fuerza de la ley y del soberano, "el bien es la obediencia de la ley, por lo tanto, el bien que se propone la soberanía es que la gente obedezca la soberanía" (2006, 125). En cambio, el gobierno, como era definido por La Perrière en el siglo XVI, en el texto analizado por Foucault *Le Miroir politique*, el fin de éste no es el bien común, sino que sus fines son varios, diversos, y, por lo tanto, no podía ejercer sólo por leyes su dominio, sino que recurrirá a otros medios, si es posible, para lograr que el gobierno sea eficaz.

"Ahora, al contrario, no se trata de imponer una ley a los hombres, se trata de disponer cosas, o sea, de utilizar tácticas y no leyes, o utilizar al máximo las leyes como tácticas; hacer de tal suerte que, por una serie de medios, pueda alcanzarse tal o cual fin" (2006, 125).

En fin: el gobierno entra ahora en un análisis del poder que requiere revisar en documentos del siglo XVI, XVII y XVIII las definiciones concretas del gobierno, de la población, de las riquezas, de la circulación, de la economía. ¿Por qué? Pues el *gobierno* aparece ahora en Foucault como la nueva grilla de inteligibilidad que permite explicar los movimientos de la historia, movimientos que hacen aparecer poblaciones, dispositivos de seguridad, nuevas formas de concebirse el poder a sí mismo. Ya no la guerra, sino el gobierno. Seguimos afirmando lo que mencionamos en la introducción

de este trabajo: no hay esencialismos en la historia, y, sin embargo, lo que podemos hacer, es rastrear cierto tipo de relaciones, de gobierno ahora, que nos permitirán estudiar lo 'fijo, estable' del poder. El poder se inscribe por medio de las relaciones de dominación en las prácticas que se dejan pasar, que se dejan hacer. La población aparece como necesaria, y no como un dato natural; en este sentido, la población que el poder luchará por defender, no se debe sólo por la inscripción del viejo poder de matar que se daba en el paradigma soberano, sino que ahora aparece gracias a la capacidad del poder de hacerse de medios que configuran el medio, el espacio por el cual se verá forzado a moverse esta población, por razones económicas (para dar cabida a un mercado que cada vez más crece, ya sea por la expansión colonial de las potencias europeas, o por la explosión demográfica de las ciudades) y por razones políticas (la inscripción de la soberanía en los confines del Estado, en su interior y hacia el exterior).

La inscripción de la soberanía en el interior del Estado será en análisis final de este trabajo. Los análisis de lo que fueron la razón de Estado, sus características principales, y la razón de policía, en un ejercicio disciplinario, explicarían la inscripción de la fuerza, de la violencia hacia ciertos objetivos identificados y calificados como peligrosos, salvajes; esa parte de la población que se resiste a ser gobernada y que *debe* morir. ¿cómo la soberanía del Estado puede convivir con el poder de hacer vivir, del cual justamente el poder se debe deshacer o al menos, desplazarlo a espacios en donde esta muerte intensifica el poder de hacer vivir del biopoder? ¿sigue siendo biopoder, si el Estado tiene desde un principio, la capacidad de recurrir a la muerte de cierta parte de la población, que bien puede ser asesinada por corresponder a una especie de no-vida, de sujetos sin capacidad de organizarse bajo la figura del Estado, la forma de poder que por excelencia domina desde la modernidad el desarrollo de las sociedades occidentales? De este modo, el último capítulo más que ser una conclusión, plantea nuevos problemas, nuevos enfoques, en donde una vez más, el método genealógico foucaulteano nos servirá para describir una propuesta de análisis de lo que ha sido 'el poder' en las sociedades occidentales, y en los procesos de formación de sujetos, de subjetividades.

Tercer capítulo.

La razón de Estado: nueva grilla de inteligibilidad en la historia de las relaciones de poder.

Al final del capítulo anterior nos preguntábamos cómo la soberanía, con sus medios y técnicas de control, puede convivir en un espacio político y económico que estaría dominado por formas de poder en donde ésta ya no es el fin por el cual pasan las relaciones de poder. Es el mismo Foucault quien en la clase del 1 de febrero nos dice:

“De hecho, estamos ante un triángulo: soberanía, disciplina y gestión gubernamental, una gestión cuyo blanco principal es la población y cuyos mecanismos esenciales son los dispositivos de seguridad. En todo caso, lo que quería mostrar era un lazo histórico profundo entre el movimiento que hace vacilar las constantes de la soberanía detrás del problema, ahora primordial, de las buenas elecciones de gobierno; el movimiento que pone de relieve a la población como un dato, un campo de intervención. El fin de las técnicas de gobierno; el movimiento [para terminar,] que aísla la economía como dominio específico de realidad y la economía política a la vez como ciencia y como técnica de intervención del gobierno en ese campo de realidad. A mi entender, es necesario señalar que estos tres movimientos: gobierno, población, economía política, constituyen a partir del siglo XVIII una serie sólida que, sin duda, ni siquiera hoy está disociada” (2006, 135).

Por lo tanto, para analizar las relaciones de poder que se dan en las sociedades occidentales, Foucault pone en juego un ensamblaje político y económico que permite que ciertas relaciones de dominación sean impuestas al nuevo sujeto/objeto que es la población. Este ‘ensamblaje’ es tal que no pueden quedar disociadas las formas de ejercer el poder por parte de la soberanía, la disciplina y el biopoder. Y la historia de estos ensamblajes, de estas implicancias de estas formas de poder, es lo que permite trazar, seguir su formación en la historia, lo que Foucault denomina por *gubernamentalidad*.

La primera definición que nos ofrece el autor francés es la que sigue:

“Entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica,

aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la población, por forma mayor de saber la economía política y por instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad” (2006, 136).

Es decir, como ya hemos mencionado anteriormente, la entrada de la economía en el cálculo político produce un ‘desbloqueo’ en el arte de gobernar. Un desbloqueo que permite que la población haga su entrada ‘racionalmente’ al panorama político y económico del siglo XVIII. Sin embargo, aquí no se agota el término gubernamentalidad. Foucault menciona dos posibles definiciones, las cuales nos interesan de igual, o incluso algo más, que la primera.

“Segundo, por “gubernamentalidad” entiendo la tendencia, la línea de fuerza que, en todo Occidente, no dejó de conducir, y desde hace mucho, hacia la preeminencia del tipo de poder que podemos llamar “gobierno” sobre todos los demás: soberanía, disciplina, y que indujo, por un lado, el desarrollo de toda una serie de aparatos específicos de gobierno, [y por otro] el desarrollo de una serie de saberes. Por último, creo que habría que entender la “gubernamentalidad” como el proceso o, mejor, el resultado del proceso en virtud del cual el Estado de justicia de la Edad Media, convertido en Estado administrativo durante los siglos XV y XVI, se “gubernamentalizó” poco a poco” (2006, 136).

La gubernamentalidad entonces como el proceso que a partir del siglo XVII-XVIII, por medio de cálculos políticos y económicos permite la transformación de las relaciones de gobierno en formas en las que las relaciones de poder quedan investidas por relaciones de dominación que aseguran el buen funcionamiento del Estado. El Estado entonces aparece en el estudio de la gubernamentalidad como la figura política en la cual recaen una serie de características inmanentes, esenciales, inmóviles, que asegurarían la entrada ‘legítima’, justificada, de la población al interior del Estado; la población también como el elemento natural que permitirá a todo Estado competir en una economía mundial –europea-. Asegura también la puesta en juego de todas las relaciones que el Estado puede abarcar, las cuales no son menores, ni de poca importancia, hasta nuestros días.

“Y es probable –continúa su análisis Foucault- que si éste existe tal como hoy existe, sea gracias, justamente, a esa gubernamentalidad que es a la vez exterior e interior a él, porque son las tácticas de gobierno las que permiten definir en todo momento lo que debe y no debe estar en la órbita del Estado, lo que es público y lo que es privado, lo que es estatal y lo que no lo es. Por lo tanto, el Estado en su supervivencia y el Estado en sus límites sólo deben comprenderse sobre la base de las tácticas generales de la gubernamentalidad” (2006, 137).

Por ello podemos afirmar que la grilla de inteligibilidad de la historia que hace del Estado una figura inmutable de poder, ya no es la guerra que utiliza la política como medio, ni tampoco una política sin más, como una forma de organización que responde al desarrollo racional o biológico de la especie humana. Ahora, son las relaciones de gobierno que permiten inscribir en la historia las relaciones de dominación en parámetros de aceptabilidad; son las relaciones de gobierno y no la guerra lo que permite el ‘movimiento’ de las formas de poder, que muten y puedan conjurar fines, medios, tácticas, según la racionalidad que haga más eficaz las mismas relaciones de gobierno.

Ahora bien, los análisis de estas formas de gobierno que Foucault busca rastrear por medio de la gubernamentalidad, lo lleva a estudiar lo que denomina “razón pastoral” como las técnicas de gobierno que son anteriores a las formas de gobierno que se dan en el Estado, cuya razón de Estado es de carácter político y económico, de carácter inmanente y no trascendente, como lo eran las formas de gobierno de las pastorales. Este análisis, aunque interesante y necesario para querer estudiar las formas de gobierno que se han dado en la historia de occidente, no nos permite estudiar lo que el Estado mantiene como fijo, estable en sus relaciones de dominación, ya que el Estado posee su propia razón, la cual es independiente a cualquier forma de gobierno anterior a éste. Por lo tanto, en las siguientes páginas, veremos cuáles son las principales características de esta razón, cómo logra investir sus propias relaciones de gobierno en un orden ahora material, *físico*. Cómo finalmente, es por medio de la soberanía y sus aparatos jurídicos que permite la entrada de la población al interior del Estado, con limitaciones específicas, con vigilancias entonces que deben hacerse efectivas. ¿Qué

medio permite que la vida de la población sea asegurada en esta nueva forma de organización? Como sabemos, el biopoder es la forma de poder que pone la vida de la población como objetivo de todas las intervenciones políticas. Ahora la pregunta es ¿cómo se logra en una razón que debe fortalecer en todo momento al Estado hacer de la vida del sujeto-cuerpo, y del sujeto-especie el objetivo final de las relaciones de gobierno, y con ello, hacer que las relaciones de poder que se dan al interior del Estado mantengan ‘segura’ esta vida?

“El problema consiste en saber en qué momento, en qué condiciones, con qué forma se comenzó a proyectar, programar, desarrollar el Estado en el seno de esa práctica consciente de la gente, a partir de cuándo se convirtió en un objeto de conocimiento y análisis, a partir de cuándo y cómo empezó a ser parte de una estrategia deliberada y concertada, desde cuándo los hombres comenzaron a invocarlo, deseárselo, codiciarlo, temerlo, rechazarlo, amarlo, odiarlo” (2006, 290).

3.1 De la razón de Estado.

Como hemos mencionado a lo largo de este trabajo, la entrada de la vida al cálculo político es de carácter necesario, no accidental; “razonable”. Así, a partir del siglo XVIII, si la vida entra al campo de los fines políticos y económicos, se debe a una racionalidad que va guiando, ensamblando, que permite formar redes de sujeción, de aceptabilidad en todos los puntos posibles, en los detalles; en fin: el poder, para desarrollarse eficazmente, se hace de prácticas que ahora entran en el juego de los cálculos razonables del poder. Y esta razón, este cálculo que permite el ensamblaje de distintas prácticas a ciertos fines, es lo que Foucault denomina razón de Estado.

La razón de Estado en realidad, no tiene como fin la vida de la población, sino que su fin “es el Estado mismo, y si hay algo semejante a la perfección, a la dicha, a la felicidad, sólo serán las del Estado” (2006, 298). Es decir: que el fin del Estado no es proveer a los ciudadanos de medios, de formas de conductas que lo guíen a éste a la salvación eterna, al encuentro trascendente de la felicidad, o de la justicia. Lo que importa ahora en la

razón de Estado es saber cómo mantener este nuevo sujeto político, el Estado, por él mismo, sin fines trascendentes, ultramundanos. La racionalidad, entonces, se vuelca hacia sí misma, permitiendo que en todo momento se establezcan las relaciones de gobierno, en todo lugar, por la conservación misma del Estado. Y esto pues

“La debilidad de la naturaleza humana y la maldad de los hombres hacen que nada pueda conservarse en la república si no hay, en todos los puntos, los momentos y los lugares, una acción específica de la razón de Estado que asegure el gobierno de una manera concentrada y deliberada. En consecuencia, siempre, en todo momento, es necesario un gobierno]: el gobierno como acto de creación continua de la república” (2006, 299).

Ahora bien, y he aquí el problema que se plantea el presente capítulo: ¿Cómo, según el análisis de Foucault, el Estado se logra hacer de toda una serie de prácticas que deben estar justificadas en el acto de gobernar? ¿bajo qué medios, instrumentos, por cuáles técnicas el Estado entra en las relaciones que se dan dentro de él como una figura razonable, dotada de conocimientos que lo harían fortalecer y con ello, asegurar la vida de la población, de los ciudadanos?⁹ Es por lo que Foucault plantea ‘el golpe de Estado’, como característica esencial de la razón de Estado que nos permitirá leer de qué manera la violencia, el uso de la fuerza por parte de los aparatos estatales, logra hacer aparecer al sujeto/objeto que es la población: la violencia entonces, como un medio que obedece a la división de lo que le es útil, necesario para la supervivencia del Estado, y lo que no. Por lo tanto, pareciera que la inscripción de la violencia por parte del Estado es un medio racional, propio de éste, y que no se contradice con afirmar que la vida de la población es ahora el objetivo final de las formas de poder que se dan al interior del gobierno de un Estado (de las disciplinas y de la biopolítica). El *hacer morir, dejar vivir* que en el primer capítulo de este trabajo era caracterizado en el paradigma de la soberanía, parece estar inscribiéndose nuevamente gracias a la razón de Estado. Y el

⁹ Pues si bien hemos mencionado que el fin de la razón de Estado no es la vida del sujeto sino él mismo, ningún Estado puede fortalecerse, ni existir, sin una vida interna, sin el movimiento de relaciones específicas (de poder, o más bien, económicas) que lo hagan establecerse como causa y fin de toda organización racional. Este ‘movimiento’ siempre considera la vida del sujeto, pero el ‘fin’ no es esta vida, sino la del Estado.

hacer vivir, dejar morir que es propio del biopoder, se confunde ahora con la defensa del Estado, con el tipo de vida que le es exclusivamente útil para el Estado.

Volvamos entonces: el golpe de Estado como una de las características esenciales de la razón de Estado. “¿Qué es un golpe de Estado en el pensamiento político de inicios del siglo XVII? Ante todo, una suspensión, una cesación de las leyes y la legalidad” (2006, 302). Es decir: aun cuando sean las leyes el medio por el cual se logra la obediencia, la sujeción legitimada, el Estado es superior a éstas. Las leyes como medio del Estado, y no éste el instrumento de éstas. Por lo tanto, la razón de Estado permite concebir al Estado, en todo momento, como aquella relación que *debe* ser salvada, pues para quienes gobiernan, le es útil, y para los gobernados, el no aceptar la salvación de éste puede resultar en castigo, o lisa y llanamente en la muerte.

“El apremio, la urgencia, la necesidad de salvación del Estado, excluirán la intervención de esas leyes naturales y producirán algo que sólo será, en cierto modo, la puesta en relación directa del Estado consigo mismo bajo el signo de la necesidad y la salvación” (2006, 303).

Por lo tanto, cada vez más, bajo la figura del Estado, la política se fija en aquello que es necesario salvar, en aquellas prácticas que debe justificar como normales, naturales, ‘aceptables’. Como mencionamos en el segundo capítulo, los dispositivos de seguridad trabajan con series abiertas, con las posibilidades de riesgo que trae consigo aquellos datos naturales como lo son la población y el mercado. Esta posibilidad de riesgo comienza a ser considerada desde la razón de Estado, en el siglo XVII, como un factor determinante a ser gobernado. Estos factores de riesgo son lo que ponen en duda la continuidad, la supremacía del Estado, y que, en tanto son datos naturales, estarían siempre presente al interior de éste. El Estado, entonces, tiene la posibilidad, si no el *deber*, de ejercer un cierto tipo de violencia para mantener al margen estas relaciones de riesgo que presentan para él mismo, pues la razón de Estado siempre vela por la existencia del Estado por sí mismo, sin la necesidad de otro fin. Y, por lo tanto, lo *necesario* se vuelve un *deber* defenderlo, normalizarlo, y el resto, aquellas prácticas que

se presentan contrarias a la forma de gobierno del Estado, bien pueden ser eliminadas por el mismo gobierno de éste; por su salvación.

“Ahora bien –nos complementa en este punto Foucault– como el golpe de Estado no es otra cosa que la manifestación de la razón de Estado, llegamos a la idea de que, al menos en lo concerniente al Estado, no hay ninguna antinomia entre violencia y razón. Podemos decir incluso que la violencia del Estado no es, en cierto modo, más que la manifestación explosiva de su propia razón” (2006, 306).

La violencia entonces, no como contradicción de lo que es la ‘razón’, sino que a partir de ella se puede ejercer según cierta estrategia de poder una violencia dirigida a salvar el Estado. Y “todo eso va a constituir el nuevo horizonte trágico de la política y la historia” (2006, 309).

Así, en la razón de Estado y a causa de ella, comienza en el siglo XVII todo un despliegue de nuevos saberes que tendrá que poseer el gobernador, el soberano, quien conduce al Estado, y que deberá por lo tanto velar por la población, por su circulación, tanto de ésta como de lo que produce. Ya no el conocimiento de las leyes divinas, de las grandes analogías de dioses y reyes que daban fuerza y estabilidad al reino, sino que ahora aparece el estudio de la población, de sus recursos, cuánto puede producir ésta en buenas condiciones, qué sucede en tiempos de escasez, de sequía; cuándo, quién, y cómo se debe, por ejemplo, cultivar, cosechar para dar fuerza al Estado, para volverlo un ente capaz de competir con los nuevos Estados europeos que emergen por aquellos siglos. En fin; una serie de saberes ‘nuevos’ que deberá conocer el soberano para gobernar ‘de mejor manera’ su gobierno, el Estado y la población. No tanto por ésta última más que por el Estado mismo. “Ya no, por lo tanto, corpus de leyes o habilidad para aplicarlas cuando es menester, sino conjunto de conocimientos técnicos que caracterizan la realidad misma del Estado” (2006, 320).

La razón de Estado no se debe entender entonces, según la lectura de Foucault, como una esencia que se encuentra en la historia y que nos permite a partir de ella, seguir el desarrollo de las sociedades occidentales y la formación de sus relaciones de poder, como la disciplina o la biopolítica; el biopoder. Es más: no es a partir de ésta, sino que

esta razón responde siempre a estrategias que se comunican constantemente y que van dando forma a la sujeción del individuo para ciertos fines específicos, aun cuando son de carácter global. En otras palabras: el Estado como grilla de inteligibilidad de la historia no se debe, siguiendo al autor parisino, a que éste corresponde por excelencia al desarrollo de la razón humana y que se manifestaría desde el siglo XVII de forma ‘razonable’, ‘coherente’, ‘natural’, sino que relaciones como las económicas (la caída del mercantilismo y el auge de los fisiócratas, luego del liberalismo, en cuanto a la función del mercado y la producción para la mejor circulación de los bienes, de los productos que permiten el fortalecimiento del Estado y ya no tanto del rey), las relaciones disciplinarias que se muestran en las escuelas, trabajos, campos de entrenamiento militar, relaciones del médico y el paciente, del médico y la familia, los padres de familia, la madre y su hijo/hija; todas estas relaciones van a quedar sujetadas a una red de poderes que permite su aparición (las deja pasar) para naturalizar, desde los niveles más bajos de la red, los más extremos, los que se escapan a la mirada atenta del soberano, unas relaciones que tendrán que ver con el Estado, con su supervivencia, con su capacidad de competir y de quedar inscrito en la historia de la humanidad.

“El Estado es, por lo tanto, -afirma Foucault en su clase del 22 de marzo- principio de inteligibilidad de lo que es, pero también de lo que debe ser. Y sólo se entiende lo que es como Estado para lograr más acabadamente dar existencia real al Estado. Principio de inteligibilidad y objetivo estratégico: a mi parecer, esto propone su marco a la razón gubernamental que se denominaba precisamente razón de Estado [...] El Estado es lo que rige la razón gubernamental, es decir, lo que hace que se pueda gobernar racionalmente de acuerdo con las necesidades; es la función de inteligibilidad del Estado con respecto a lo real y lo que hace que sea racional y necesario gobernar. Gobernar racionalmente porque hay un Estado y para que lo haya” (2006, 329).

Ahora bien; ¿cómo logra el Estado imponerse en la historia de la gubernamentalidad de las sociedades de occidente como la grilla de inteligibilidad de una serie de prácticas antes no ingresadas a la ‘economía’ del poder? La razón de Estado logra ensamblar estas prácticas y hacer del Estado un ente, y una práctica, normalizadas, o en todo caso, impuestas como ‘natural’, como el desarrollo propio de la razón humana y su organización como especie biológica racional. ¿bajo qué dispositivo entonces logra ser

el Estado lo que hay que defender? Si bien hemos afirmado que los mecanismos de seguridad, el dispositivo de seguridad permite la entrada de Estado como la grilla de inteligibilidad que pone en juego nuevas formas de poder, Foucault identifica dos dispositivos que, luego, permiten la aparición de la 'seguridad' como fin del Estado; éstos son el dispositivo diplomático-militar y el policial, el dispositivo de la policía. Ambos lograron institucionalizar prácticas de control, de fortalecimiento del Estado por medio de la vida del cuerpo y de la población, siempre tendiendo como fin hacer crecer al Estado, utilizando el bienestar de la población como instrumento. De esta manera, la vida del individuo poco a poco entra en los cálculos de un poder que busca identificarse con el Estado, y por ello, luego, la biopolítica hace suya las prácticas de los sujetos-especie, en tanto poseedores de la fuerza que permite el crecimiento del Estado. El *hacer vivir* que comentamos en un principio, ahora Foucault lo justifica por medio de estos dispositivos racionales, y no como un instrumento de la guerra, sino ésta como instrumento de aquellos. La vida de la población entonces comienza a aparecer en un contexto *político*, de estrategias económicas, para hacer del Estado la grilla de inteligibilidad de la historia. Y con ello, la guerra se vuelve un instrumento de gran importancia para resolver conflictos externos e internos, aunque Foucault la identifica más con lo 'externo' por tratarse de un hecho político diplomático que busca mantener el equilibrio europeo entre los nacientes Estados. Lo interno como veremos, será apropiado por el dispositivo de la policía, que en el siglo XVII se caracterizará por hacer surgir la disciplina en pos del fortalecimiento del Estado.

3.2 Del dispositivo diplomático-militar

¿Qué permite que se pueda articular desde el siglo XVI-XVII una serie de tácticas políticas externas que asegure la permanencia 'física' de un Estado? Si su fin consta en darse a sí mismo su fuerza y su equilibrio; ¿cómo pretende la razón de Estado articular sus relaciones de poder con el propósito de mantener el equilibrio del Estado, de fijarlo como una unidad que se hace efectivamente presente en la historia? El escenario de

análisis de Foucault es siempre Europa, y por ello, es importante mencionar que, para el autor parisino, el tratado de Westfalia de 1648 constituye una práctica política que permite la aparición 'legal' de los Estados europeos y que les permitirá concebirse con una serie de características que hasta el día de hoy se les puede atribuir.

“Ahora se trata, -nos explica Foucault- en cierto modo, de unidades absolutas, sin subordinación ni dependencia alguna [entre sí], al menos en lo concerniente a las principales de ellas, y esas unidades -y éste es el otro aspecto, la otra vertiente de la realidad histórica sobre la cual se articula todo eso- se afirman o en todo caso se buscan, procuran afirmarse en un espacio que ha pasado a ser el de la competencia y la dominación comerciales, un espacio de circulación monetaria, un espacio de conquista colonial, un espacio de control de los mares, todo lo cual da la afirmación de cada Estado por sí mismo no sólo la forma de la autofinalidad a la que me referí la vez pasada, sino la nueva forma de la competencia [...]un espacio de competencia que va a dar su sentido al problema del aumento estatal como principio, hilo conductor de la razón de Estado” (2006, 335).

Este 'nuevo espacio' que lleva como forma la 'competencia', le permite a Foucault explicar el cómo se hace el Estado, para sí mismo, para su aparición y afirmación en la historia de occidente, de prácticas que le aseguren su existencia frente a los otros Estados. El espacio de la competencia no puede estar formado de un solo Estado, ni de imperios que buscan constantemente hacer la guerra para buscar su expansión territorial y así hacerse de su riqueza. Ahora, el Estado se afirma como 'sujeto' político capaz de competir frente a los otros Estados, competir económicamente, independiente del crecimiento de los otros Estados, sin la necesidad de conquistar territorialmente el otro Estado, reconociendo al otro Estado también como un ser-político capaz de competir y de subsistir en este nuevo escenario. La competencia económica es ahora 'racional'.

Aquí encontramos un punto clave del presente trabajo y que se presentará nuevamente en las consideraciones finales. Que el Estado se conciba desde Europa como un sujeto capaz de 'respetar' la independencia territorial y económica de otro Estado, permite explicar a la vez cómo se da el derecho a los Estados europeos de conquistar aquellos territorios en donde no existe Estado y, por lo tanto, no son vistos como un territorio

apto para la competencia 'racional' fijada desde y por los europeos, o en todo caso, por las potencias de Europa. ¿suceden allí, en esos territorios que no conforman aun un Estado modelo europeo, las mismas estrategias que Foucault intenta estudiar para dar con el desarrollo de las relaciones de poder en las sociedades occidentales? Si desde Europa los Estados aparecen en un espacio de competencia económica que les permite 'respetar' sus nuevas fronteras, ¿cómo es que opera 'el poder' de la conquista en los territorios que no entran en este nuevo espacio de competencia económica, y qué de alguna u otra manera, debe ser anexados a estas estrategias con fines globales que además permiten su ingreso a este espacio de competencia económica? ¿siempre podemos afirmar que es la *vida* de la población la que entra como objetivo de las nuevas formas de poder? Ya tendremos el momento de desarrollar estas preguntas; hasta aquí, nos sirven como una contra-cara de lo que se plantea desde Foucault como el nacimiento de la razón de Estado en el territorio europeo, y que sea así, tendrá su consecuencia para el mundo entero hasta el presente.

Entonces; en este nuevo espacio de competencia, ¿qué estrategia le permitirá al Estado 'respetar' las fronteras del otro Estado, y cómo asegurar que el otro Estado no esté dispuesto a formar alianzas con otros Estados para ingresar sus fronteras? ¿bajo qué dispositivo el Estado asegura el equilibrio entre los Estados ahora en competencia? Será lo que Foucault llama como 'dispositivo diplomático militar', el cual permite a los Estados europeos mantener "la relación de fuerza", "limitar lo más posible la movilidad de todos los demás Estados". Y, además, de tener "suficientes posibilidades de maximizar su crecimiento sin provocar a sus adversarios y, por lo tanto, sin inducir su propia desaparición ni su propio debilitamiento" (2006, 341).

Además del equilibrio europeo, de la mano de éste, Foucault analiza otro de los fines que se pone en marcha gracias a las prácticas 'recogidas' por el dispositivo diplomático militar. Esta es la balanza europea, la cual tiene por objetivo mostrar la "imposibilidad de que el Estado más fuerte dicte su ley a cualquier otro" (2006, 345). Por lo tanto, tanto el equilibrio y la balanza europea permite a los Estados fijar un espacio de competencia en donde el temor de la guerra a causa de conquistas y expansiones territoriales es eliminado, o en todo caso, reemplazado por la idea de la competencia, y con ello, se

instauran relaciones cada vez más diplomáticas que les permitirá a cada Estado conocer las ventajas y desventajas de los otros Estados, así como mantenerse informado de las posibles alianzas, y no recurrir en primera instancia a la guerra.

Es más: Foucault identifica en 'la guerra' el instrumento por excelencia de la razón de Estado, que permite el mantenimiento tanto del equilibrio como de la balanza europea. A partir de la idea de equilibrio europeo, "constatamos un vuelco completo de las funciones, las formas, las justificaciones, el pensamiento jurídico de la guerra, pero también de sus objetivos" (2006, 346). La guerra, explica Foucault, se diferencia de las que se producen en la Edad Media tanto en sus objetivos como en sus causas. Ahora las guerras nos representan una continuidad entre "el mundo del derecho y el mundo de la guerra", sino que la razón de la guerra es *diplomática*. Si el equilibrio, la balanza europea se encuentran en riesgo, es legítimo hacer la guerra en pos de la paz universal, o en todo caso, europea. Y que sea diplomática la razón de la guerra, permite que sea desde la política y no desde el derecho, desde el 'aparato' judicial medieval, que la guerra se vuelve legítima en tanto instrumento, medio de conservación de la paz y del equilibrio. Aquí Foucault vuelve a citar al teórico de la guerra francés Carl von Clausewitz, cuya fórmula "La guerra es la continuación de la política por otros medios" habría sido invertida por un Foucault 'atrapado' en el modelo bélico nietzscheano. Ahora la inversión no ocurre, ¿por qué? Porque ahora lo que le interesa a Foucault es seguir los rastros históricos de las políticas, de las relaciones de poder 'políticas' que permiten la aparición de la población como objetivo de la biopolítica. Entonces, la guerra ya no es la grilla de inteligibilidad por la cual aparecen dominadores, dominados, estrategias y medios: ahora la política sustenta la aparición de la guerra *para* ciertos fines, conjurando *ciertos* medios para la realización de ésta. Y la paz, el equilibrio y la balanza europea son los elementos que permiten al 'poder' de la razón de Estado hacer entrar a la guerra a la economía de poder, y no al contrario. Que sea la política la que conjure la guerra permite a Foucault dar con las 'racionalidades' que la conjuran, haciéndola un medio aceptable, tolerable, y necesario.

"También aquí vemos que el principio de Clausewitz de que la guerra es la continuación de la política tuvo un soporte, un soporte institucional preciso que fue la

institucionalización de la dimensión militar. La guerra ya no es otra cara de la actividad de los hombres. Será, en un momento dado, la puesta en acción de una serie de medios definidos por la política, una de cuyas dimensiones fundamentales y constitutivas es la militar” (2006, 353).

La guerra entonces como estrategia; la política como técnica de poder que permite afirmar ciertas estrategias e instrumentos, medios y fines. Desde aquí se entiende la aparición de la formación militar constante que desde el siglo XVI Foucault identifica en relación al mantenimiento del espacio de competencia europeo antes descrito. Este consta de

“[primero,]una profesionalización del hombre de guerra, la constitución de una carrera de las armas; segundo, una estructura armada permanente, susceptible de servir de marco a los reclutamientos excepcionales en época de conflicto bélico; tercero, un equipamiento de fortalezas y transportes; y cuarto y último, un saber, una reflexión táctica, tipos de maniobras, planes de ataque y defensa; en suma, toda una reflexión propia y autónoma sobre la cosa militar y las guerras posibles” (2006, 352).

Por lo tanto, el dispositivo diplomático militar le permite a Foucault dar cuenta con el ensamblaje de la guerra y la política desde la razón de Estado para el mantenimiento de las fuerzas externas del Estado. La violencia de la soberanía del Estado es definida y recogida, por lo tanto, desde el nacimiento mismo del Estado y hasta el día de hoy, no puede ser concebida de otra manera.

3.3 Del dispositivo policial.

Tras describir el dispositivo militar-diplomático, el cual como ya sabemos se encargará de mantener el equilibrio europeo, así también de la balanza, Foucault desde la clase del 29 marzo comienza a describir el dispositivo policial, o la policía. Esta palabra nos dice Foucault, no siempre contó con el significado que hoy le podemos otorgar. Desde su lectura a textos del siglo XVI-XVII, Foucault da con que la policía, en su funcionamiento práctico y teórica, era “el cálculo y la técnica que van a permitir

establecer una relación móvil, pero pese a todo estable y controlable, entre el orden interior del Estado y el crecimiento de sus fuerzas” (2006, 357). “Orden interior” y “crecimiento de la fuerza del Estado”. Tal será la función estratégica que cumple la policía en los siglos XVI-XVII en Francia, sino en Europa. Así, desde los textos de Francia y Alemania sobre la policía, Foucault establece el vínculo que existe entre el equilibrio de los Estados europeos y el crecimiento interno de estos. La pregunta de fondo se formula de la siguiente manera: ¿cómo asegurar un buen crecimiento del Estado, que a la vez no atente contra el equilibrio logrado tras el tratado de Westfalia? ¿y cómo podemos medir este “buen” crecimiento del Estado, cuáles son las prácticas que deben ser potenciadas, aisladas; cómo se logra la movilidad interna del Estado?

La policía será la encargada de promover las buenas costumbres, las buenas actividades; será la encargada también de forzar al trabajo al hombre sano, de aislar al enfermo, al vago. La policía será entonces la que por distintos medios logra hacer fortalecer al Estado. “El buen uso de las fuerzas del Estado es el objeto de la policía” (2006, 359). Por medio, entonces, de un organismo como la policía se asegura el Estado con un medio para ‘aumentar sus propias fuerzas’. Por lo tanto, para Foucault, existe una estrecha relación entre cómo mantener el (nuevo) equilibrio europeo y el funcionamiento de una policía estatal. Y entre ambos identifica nuestro autor un instrumento en común que permitirá tanto mantener como aumentar las fuerzas del Estado, y este es la estadística.

“En cada Estado, *para uso de sí mismo y de los otros*, es preciso conocer cuál es la población, cuál es el ejército, cuáles son los recursos naturales, cuál es la producción, cuál es el comercio, cuál es la circulación monetaria, elementos proporcionados en sustancia por la ciencia o, mejor, el dominio que se abre y se funda, se desarrolla a partir de ese momento y que es la estadística” (2006, 361; el destacado es mío).

Entonces, la estadística como el conocimiento por excelencia del Estado que le permitirá conocer lo necesario de sí mismo y del otro (Estado). Y este conocimiento se realiza por medio de la policía. La policía entonces como medio que le permite conocer al Estado su propia ‘capacidad de aumento’ (de sus fuerzas internas), su propia

potencialidad, pues es la policía la que le informará al soberano de su población, de sus ciudadanos, de sus campesinos, de sus productos, de sus materias potenciales a exportar, de las calles, del comercio, de los enfermos, de los vagos etc. En fin: de todo aquello que ahora al Estado, en tanto debe validarse a sí mismo como independiente de los otros estados, *debe* conocer y no podrá gobernar más sin este conocimiento. Entonces la policía cumplirá esa relación “material” que le permite al Estado aumentar su fuerza interna, siempre en vistas de mantener el equilibrio con los demás estados.

Por ello, este control de la policía hacia el fortalecimiento del Estado está dirigido hacia *la vida* de los súbditos, de aquellos que deben trabajar, que deben hacer circular siempre lo que se produce, evitar con ello la escasez y el debilitamiento del Estado. Así, la función de la policía equivale, según Foucault, en este periodo del siglo XVII, al mismo arte de gobernar, es decir; que el control de la vida, de las fuerzas internas del Estado como sabemos, es el saber que se vuelve necesario para gobernar el Estado. Por ello, la policía no es otra cosa que esto; el control de las fuerzas internas del Estado. De esta manera, Foucault nombra algunas (cuatro) características, objetivos del dispositivo policial, como la instrucción de los niños y jóvenes, es decir, de la educación. Hacer que, desde niños, la población se eduque en las buenas costumbres, en prácticas sociales que otorguen una ‘buena calidad’ al Estado. Además, deben aprender del uso de armas. Luego; la policía se “ocupará de los pobres, de los pobres sanos, desde luego, a quienes se dará un trabajo o se obligará a tomarlo, [y] de los pobres enfermos e inválidos, a quienes se entregarán subvenciones” (2006, 367). Es decir, de todas las cuestiones públicas con respecto a la distribución de cuerpos sanos y enfermos: de la salud e higiene pública. Estos medios, como ya hemos adelantado, permitirá ‘al poder’, a los gobernantes, hacerse del control de la vida en tanto objetivo político, y con ello, la afirmación de un biopoder que potenciará la vida más que prohibirla, matarla. Por ello, desde la policía, ya se comienza a perfilar lo que hemos descrito como la biopolítica, aunque en el siglo XVII la forma de poder por excelencia que se comienza a desarrollar a partir y por medio de la policía, será la disciplina; el control de los cuerpos, de clasificarlos, de desplazarlos a lugar de trabajos aptos para ellos, o en todo caso, que trabajen y que lo hagan siempre. Por ello, el control del sujeto-cuerpo se vuelve en esta

nueva economía del poder necesario. En todo caso, de las lecturas que hace Foucault a Mayerne en su *La Monarchie aristodémocratique* (1611), la función de la policía es doble: mezcla moralidad y trabajo (cfr; 2006, 369). No es sólo la clasificación de los sujetos la labor de la policía, sino es seguirlos en sus proyectos para asegurar que ocupen bien su cuerpo, y ese bien es siempre el del Estado. Por ello la preocupación en la educación desde la infancia (término que no ocupa Foucault), luego de los jóvenes. No es una preocupación por el bienestar del sujeto: lo es, pero en segundo plano, o al menos no como objetivo. El objetivo es siempre el Estado. Aún no hemos salido de la razón de Estado.

“Lo que caracteriza un Estado de policía es que se interesa en lo que los hombres hacen, en su actividad, en su “ocupación”. El objetivo de la policía, en consecuencia, es el control y la cobertura de la actividad de los hombres, en la medida en que esa actividad puede constituir un elemento diferencial en el desarrollo de las fuerzas del Estado” (2006, 370).

Por lo tanto, la preocupación de la policía es siempre la vida en tanto ésta sirva al Estado, y le sirve al Estado en la medida en que esta vida no sea la simple vida, el simple vivir, sino una *actividad*, una *ocupación*, un *trabajo* que realiza el sujeto en vistas del Estado. Entonces la policía se encarga de “procurar, en sustancia, que los distintos oficios necesarios, y necesarios para el Estado, se ejerzan efectivamente; controlar que los productos se fabriquen según el modelo capaz de beneficiar al país” (2006, 370).

Por ello, la policía se encarga del vivir y el ‘algo más que el vivir’. Se trata hacer por medio de la policía, que el sujeto viva, y que viva bien. Viva bien en el sentido que ya hemos dicho: vivir bien significa aquí fortalecer al Estado, hacer circular no sólo a los hombres, sino también sus productos, hacer circular los cuerpos sanos, desplazar al de los enfermos. La policía no sólo controla la vida: se encarga de que esta vida sea *buena*. Y esta policía entonces, al encargarse de controlar, de reglamentar todo aspecto de la vida del sujeto-cuerpo, es decir, del cuerpo disciplinado, ‘actúa’ de la mano del mercantilismo, previo entonces de los fisiócratas y el problema de la libertad del mercado. Estas reglamentaciones a la circulación de productos, como sabemos, será la crítica que nace desde los fisiócratas y que desbloquea un nuevo arte gobernar, dirigido

ahora más bien a un medio que garantiza de forma eficaz la producción de un dato ‘natural’ que no debe ser reglamentado, y de hacerlo, sólo se alterará y provocará daños para el Estado y para la población.

“Si la gubernamentalidad –dice Foucault en la clase del 5 de abril- del Estado se interesa, y por primera vez, en la materialidad fina de la existencia y la coexistencia humana, en la materialidad fina del intercambio y la circulación, y toma por primera vez en cuenta ese ser y ese mayor bienestar y lo hace a través de la ciudad y de los problemas como la salud, las calles, los mercados, los granos, los caminos, es porque en ese momento el comercio se concibe como el instrumento principal del poder del Estado y, por lo tanto, como el objeto privilegiado de una policía cuyo objetivo es el crecimiento de las fuerzas estatales” (2006, 387).

El comercio entonces como el escenario a reglamentar para fortalecer al Estado, y también, para lograr que el vivir del sujeto sea esto y más: un buen vivir. Sin embargo, como nos afirma Foucault hacia el final de la clase, será por medio de este mismo escenario que entra en disputa un nuevo tipo de racionalidad que buscará hacerse de este medio para conjurar nuevos tipos de relaciones de saber-poder-dominación: la ciencia económica que se inicia con los fisiócratas apela a la ‘naturalidad’ del mercado y de las relaciones que la población establece con éste. Así, lo que importa no es tanto la reglamentación sino la regulación de estos datos naturales, hacerlos los menos peligrosos posibles. ¿cómo se logra esto, bajo qué premisa se deja actuar, se deja espacio a la libertad de este dato natural? En nombre de la libre competencia, no entre Estados, sino entre sujetos particulares, con intereses privados que luego, redundarán en prosperidad para el Estado, pues primero, ante todo, se debe velar por el interés de cada uno.

“Se dejará actuar la competencia entre particulares, y precisamente ese juego de particulares que compiten unos con otros y cada uno de los cuales procura el máximo beneficio para sí mismo permitirá al Estado o a la colectividad e incluso a la población en su conjunto embolsar, de algún modo, los beneficios de esa conducta de los particulares [...] El bien de todos quedará asegurado por el comportamiento de cada uno cuando el Estado, el gobierno, sepa dejar actuar los mecanismos del interés particular que, de tal modo y en virtud de fenómenos de acumulación y regulación, servirán a todos” (2006, 396).

Por lo tanto, nos acercamos al liberalismo como la racionalidad que romperá con la trascendencia del Estado; no se puede acabar con el Estado, pero lo que se puede hacer, y se hizo, es conjurar una serie de prácticas que permitan controlar eficazmente el medio donde se mueve la población y sus mercancías; la producción entonces como el objetivo a mejorar y no tanto a reglamentarlo como a regularlo. Si se reglamenta como sucede en la razón policial, el comercio se ve limitado por estas mismas reglas, normas que lo rigen en todo momento. En cambio, por la regulación, se deja pasar, se deja actuar de cierta manera tanto a los que producen como lo que producen, en un mismo espacio comercial que permitirá hacer de la competencia individual el elemento por donde se aumente el 'buen vivir' que antes se ocupaba la policía. En este sentido, nos recuerda Foucault; "El Estado como regulador de los intereses y ya no como principio trascendente y sintético de la dicha de cada uno que debe transformarse en dicha de todos (...)" (2006, 397). Y como hemos afirmando en capítulos anteriores, esta naturalidad permite comenzar a plantear el problema de gobierno en torno a la población, este nuevo sujeto/objeto de la política que deberá aparecer como un dato natural, con ciertos índices de peligros innatos, inherentes a su propio ser. Y estos peligros ya no se pueden evitar, ni prohibir, ni normalizar por medio de fuertes reglamentaciones: lo que se busca es regularlas, fundar un nivel de aceptabilidad de estos peligros, que, si bien no desaparecen, nunca van a ser tal que acaben por destruir a toda la población; 'bien puede ser que algunos mueran'.

Por medio de este análisis, Foucault da cuenta que, desde sus inicios, la soberanía del Estado consta de medios, de instrumentos que le permiten mantener, fortalecer, aumentar la capacidad del mismo Estado. El Estado como este nuevo sujeto político que nace en Europa y que tendrá como fin afirmar su propia existencia en un espacio de competencia económica con otros estados. Y desde esta competencia, validar medios de control que permitan justificar todas las prácticas e instituciones estatales: como lo analiza Foucault, el dispositivo diplomático militar y el policial serán las técnicas por las cuales el Estado aumenta su fuerza, mantiene su soberanía. Y con ello, el elemento que permite al Estado sobrevivir a prácticas que se escapan de su gubernamentalización, es la fuerza, o en todo caso, la violencia por medio del golpe de

Estado. La muerte entonces entra en la economía del poder en un Estado que no se incomoda, para salvarse, de darle su espacio, su conocimiento (en la perfección, por ejemplo, de las instituciones militares en el entrenamiento del soldado) y su mantención en el tiempo por medio de instituciones estatales, como lo es la milicia permanente, la perfección en el arte de la guerra, las nuevas armas, los nuevos soldados. Si bien como afirma Foucault, la policía se encarga de la vida del sujeto y de más allá de eso, del buen vivir, la muerte, o la excepción a la cual se refiere Agamben en su *Homo Sacer* (1998), es desde el inicio lo que permite a la soberanía del Estado presentarse como inseparable a éste. Estado y violencia se mezclan no para formar una 'antinomía', sino que ambos pertenecen en las sociedades occidentales, el espacio de gobierno que permite afirmar las relaciones de dominación en una sociedad que se identifica con la civilización del Estado, con unas prácticas racionales, normalizadas, naturales (o naturalizadas en todo caso) y que no pueden ser sino de esta forma.

Ya sea en forma de regla, de norma, o en forma de regulaciones, de índices de aceptabilidad de lo no deseado por el Estado, las relaciones de dominación en las sociedades occidentales se logran mantener en formas de poder cada vez más difusas en nuestros días; la disciplina pareciera ser desde nuestra infancia, necesaria para nuestro desarrollo social, y para la sociedad misma. La vida, debe ser defendida en todo momento, pues es en ésta que el ser humano se encuentra con sus ocupaciones, con sus actividades que le permiten 'moverse' en un medio que por momentos pareciera natural, pero que Foucault nos advierte del devenir de esta naturalidad; la artificialidad de las creaciones humanas no pueden ser sino eso, un artificio que en nuestras sociedades occidentales, a partir de los siglos XVI-XVII-XVIII comienza a formar parte de estrategias políticas y económicas que van a re-introducir, en todo momento y lugar, relaciones de dominación y de poder, y las cuales, no parecieran otorgarnos los medios necesarios para pensar estas relaciones de otra manera.

Consideraciones finales.

Michel Foucault es sin duda un filósofo que sitúa las relaciones de poder bajo el lente de la crítica política, la cual nos incita a plantearnos desde nuestro presente las injusticias que son cometidas *estratégicamente* hacia una parte de la *población*, y como estrategia, podemos rastrear sus causas, sus fines, sus medios, sus instrumentos y sus técnicas en la historia de ésta. En ellas, en las estrategias, en su rastreo histórico que Foucault da por nombre *genealogía*, influenciado por Nietzsche, encontraremos otra cosa que una esencia, una figura inmóvil y estable, permanente, necesaria en la historia y cuya aparición es causada por un destino menos divino que racional. ¿Qué encontramos entonces? Encontramos discontinuidades; mentiras, escándalos, muerte, guerra. Las estrategias develan aquello que la historia escrita de la humanidad ha ocultado ‘maliciosamente’. Maliciosa, pues esta historia se ha escrito validando la dominación de la *población* cubriéndola, naturalizándola bajo otros nombres. Así, el Estado que nace desde la Europa del siglo XVII, se convierte en una *relación* que se debe defender a toda costa, por el porvenir de la población y, principalmente, de un orden trascendente que ahora es terrenal: el sueño monárquico de la conquista se acaba, la analogía con un reino divino es reemplazado por el dios terrenal que ahora debe velar por la seguridad de sus súbditos. La dominación es alcanzada por nuevos medios y por nuevas *racionalidades*.

Por ello, como vimos a lo largo del presente trabajo, el lenguaje que utiliza Foucault nos parece acertado: el poder ya no funciona exclusivamente bajo un aparato judicial, por medio de leyes, sino que sus medios son cada vez más diversos. Tan diversos, que son capaces las relaciones de poder de controlar el *medio* (milieu) donde la vida de la población se desarrolla; por medio de la salud, de la educación, de los medios de comunicación, de la necesidad de vivir bajo techo, de la alimentación. El ‘poder’ se encontró desde el siglo XVIII con todas estas ‘nuevas’ relaciones con las que ahora puede y debe controlar. La *vida* se vuelve el objeto político que debe ser atendido cuidadosamente para poder hacerse de los nuevos puestos de control estatal. La policía,

por ejemplo, como organismo que permite mantener vivas las fuerzas internas del Estado; la estadística como el conocimiento necesario para el nuevo arte de gobernar. Toda una nueva forma de relacionarse con el gobierno de los hombres en el que la vida aparece siempre como un objetivo político-económico que debe ser intervenido en pos de mantener las relaciones de dominación.

Por ello, el trabajo de Foucault es un enfrentarse al presente demandando revelar lo que éste mantiene oculto, por razones estratégicas. “Desnuda un sistema moderno de poder que es más abarcador y mucho más insidioso que las formas precedentes (...) El trabajo de Foucault es, así, en parte un desenmascaramiento” (1988b, 81).

Por lo tanto, lo que este trabajo destaca es la importancia de tratar el estudio de las relaciones de poder como parte de estrategias que son llevadas a cabo racionalmente por parte de una ‘clase’, una ‘raza’ dominadora. Y en ello, Foucault parece ser un intelectual que nos facilita un lenguaje en donde estas relaciones de poder son problematizadas según sus causas y fines; según qué medios se han utilizados, qué instrumentos permiten llevar a cabo las estrategias de dominación.

Con todo ello, ¿debemos afirmar junto con Foucault que vivimos en la era del biopoder? ¿Qué son los dispositivos de seguridad aquellos que permiten el ensamblaje de las relaciones que se dan en la ‘microfísica’ de la sociedad? ¿o es que acaso, podemos seguir problematizando incluso la posición del filósofo francés y afirmar que, aun cuando en nuestros tiempos es posible identificar los dispositivos de seguridad, éstos no se dan en todas las partes del mundo de la misma manera que en la realidad histórica que intenta problematizar el autor? ¿cómo se divide el mundo en ‘partes’ que no responden a las mismas estrategias? ¿qué permite la división de la tierra, si no es el biopoder? Es más; si no es la vida el objetivo del poder ¿cuál es? ¿cómo explicar las relaciones de poder si no es la vida y es la *muerte* lo que permite la aparición de dispositivos, la muerte como elemento que reproduce y permite la *sujeción* de las relaciones de dominación en la historia? En palabras de Mbembe;

“¿La noción de biopoder acaso da cuenta de la forma en que la política hace hoy del asesinato de su enemigo su objetivo primero y absoluto, con el pretexto de la guerra, de la resistencia o de la lucha contra el terror?” (2011, 20).

No es el objetivo ‘salvar’ a Foucault de no querer entender el contexto histórico que otorga a cada comunidad organizada distintos fines y medios para combatir las relaciones de dominación que se dan a nivel macro y micro en sus sociedades. Las preguntas que quedan aquí sin contestar son más bien motivaciones que dan vida al presente trabajo. Entonces, ¿cómo continuar la investigación? Haciendo lo que muy bien identificó Foucault: mostrando, en primer lugar, lo que se dice, lo que sucede a nivel material, en la superficie de los discursos, lo que produce el ‘poder’, sus actos de dominación. La exposición de éste no quiere decir que sea esto lo ‘real’, lo incuestionable por ser justamente algo ‘real’. Al contrario, la problematización de esta realidad lleva consigo una tarea ‘genealógica’ que desenmascara las relaciones de dominación que se presentan como fuerzas inmóviles en la historia. No es que el ‘Estado’ no sea real. Lo es, y como es real, éste lleva consigo ciertas relaciones de dominación que podemos identificar¹⁰, y esta identificación se logra por lo que el autor francés llamó genealogía. Luego; no basta con exponerlas, sino explicarlas para cada contexto histórico social en la que estas relaciones de dominación son llevadas a cabo.

“Allí donde la guerra tiene lugar, ésta no conduce necesariamente, como en Europa, al desarrollo del aparato del Estado o al monopolio, por parte de éste, del uso de la fuerza en el interior de sus fronteras (...) No obstante, es cierto que la empresa militar forma parte, junto con otros factores, de los medios a través de los cuales aparecen en el continente nuevas fórmulas de dominación” (2011, 106).

Lo que busca decir Mbembe en este párrafo, es que la guerra, por ejemplo, no sirve para dar cuenta con una realidad global que da como resultado la aparición del Estado. Ésta es necesaria, pero éste último no siempre es su efecto racional. Por ello, una correcta genealogía es ubicarnos siempre dentro del contexto histórico bajo el cual nacen ciertas prácticas, y con ellas, ciertos conceptos que se apropia el poder y que validan las relaciones de dominación. El seguimiento de estos conceptos y sus prácticas

¹⁰ Por ejemplo, valdría la pena hacer el esfuerzo por hacer el rastreo histórico de lo que significa el ‘impuesto’. El impuesto como elemento histórico que permite identificar a los súbditos, a los ciudadanos como pertenecientes a un reino, o aun Estado. El impuesto entonces como medio de control que asegura la entrada del sujeto a unas relaciones sociales en las cuales se ve obligado, forzado a respetar y a reproducir.

correlativas (si es que las hay) en la historia nos dará una mejor base teórica para combatir las relaciones de poder/dominación al menos, en las disputas por un conocimiento que brinde a la población entera de herramientas para erradicar la dominación de su subjetivación; de las prácticas que los crean como sujetos máquinas/especies aceptables para un capitalismo que pareciera abarcarlas en su totalidad. Y esto, además, pues

“en los términos de Foucault no puede haber ninguna sociedad sin poder, ningún extremo milenario de la historia hacia el cual puedan ser guiados o conducidos los sujetos oprimidos, explotados o dominados, porque las relaciones de poder, es decir, los modos de actuar sobre las acciones de (otros) sujetos actuantes, son endémicos en la sociedad” (1988b, 189)¹¹.

No es posible afirmar que existe una ‘esencia’ del poder que nos permitiría encontrar todas las veces que podamos las relaciones de dominación que se inscriben en los cuerpos, en las poblaciones y en instituciones. Sin embargo, lo que podemos hacer, es seguir la historia de estas relaciones de dominación que se sujetan en el tiempo de la historia como esencia, y al problematizarlas, mover la tranquilidad que brinda su seguridad y declarar lo que se quiere ocultar; la muerte incitada por la diferencia, los asesinatos estratégicos que son puestos racionalmente bajo los fines humanitarios; la economía de la muerte que se inscribe en el biopoder no como su contra-cara o una sombra desplazada como vergüenza del poder, sino como su objetivo primero, como su condición necesaria para llevar a cabo las estrategias de la biopolítica. Tal vez no estamos lejos de la era disciplinaria de Foucault, ni de las estrategias soberanas/jurídicas. El Estado no es la esencia del poder, pero éste es una realidad en la que las relaciones de dominación cada vez más se perpetúan como estrategias ‘bien’

¹¹ “Una sociedad “sin relaciones de poder” sólo puede ser una abstracción. Lo cual, dicho sea de paso, hace políticamente mucho más necesario el análisis de lo que dichas relaciones son en una sociedad dada, de tu formación histórica, de lo que las vuelve sólidas o frágiles, de las condiciones necesarias para transformar unas, para abolir otras. Pues decir que no puede haber sociedad sin relaciones de poder no quiere decir ni que las que están dadas sean necesarias, ni que de todos modos el “Poder” constituye una fatalidad que no puede ser socavada en el corazón de las sociedades”. Aparece en: *El sujeto y el poder*, 1988. En la Revista mexicana de sociología.

calculadas. Con 'bien calculadas' me refiero a que son llevadas a cabo por un grupo de personas que posee los medios de control que permiten su materialización, como lo son la educación, los medios de comunicación, el poder de las armas, el poder adquisitivo de la producción, el poder intelectual, etc. Y su respuesta, su 'resistencia' no puede ser sino de su mismo nivel; una resistencia que responda estratégicamente a la 'represión' del poder. Pues por más que el poder sea positivo, es decir, que no exclusivamente reprime, sino que crea subjetividades, éstas siempre llevan la carga de ser, en principio, efectos de la dominación que los dominadores permiten que sean realidades. Y en palabras de Mbembe; "En el camino a la modernidad política no puede haber otro trayecto más que éste" (2011, 120).

Bibliografía

Obras de Michel Foucault

-Foucault, M. 1998. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. México: Siglo xxi editores, s.a de c.v.

_____2006. *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France: 1977-1978*. Traducción por: Horacio Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

_____2001. *Defender la Sociedad. Curso en el Collège de France 1975-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

_____ 1991a. *Las redes del poder*. Buenos Aires, Argentina: Almagesto.

_____ 1991b. *Saber y verdad*. Madrid, España: Ediciones La Piqueta.

_____ 1979. *Microfísica del poder*. Madrid, España: Ediciones La Piqueta.

_____1988a. *El sujeto y el poder*. En Revista Mexicana de Sociología, Vol. 50, No. 3., pp. 3-20.

Otras obras

-Agamben, G. 1998. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

-Davidson, A. 1988b. *Arqueología, genealogía, ética*. (243p-256p). En "Foucault", David Couzens Hoy (comp.), Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

- Taylor, Ch. 1988b. *Foucault sobre la libertad y la verdad*. (81p-117p). En "Foucault", David Couzens Hoy (comp.), Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Smart, B. 1988b. *La política de la verdad y el problema de la hegemonía*. (175p-192p). En "Foucault", David Couzens Hoy (comp.), Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Castro-Gómez, S. 2010. *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar; Universidad Santo Tomás de Aquino.
- Castro. E. 2011. *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica*. La plata. Provincia de Buenos Aires, Argentina: UNIPE: Editorial Universitaria
- Mbembe, A. 2011. *Necropolítica, seguido de Sobre el gobierno privado indirecto*. España: Editorial Melusina, S.L.
- Saidel, M. 2013. *Lecturas de la biopolítica: Foucault, Agamben, Esposito*. Producciones Editoriales Nueva Visión México: Revista Opción, número 177